

Francesc Torralba

Saber decir no

La sabiduría que libera

Notas

César Herrero Hernansanz



Saber decir no

La sabiduría que libera

Francesc Torralba

Now Books, 2016, 172 páginas

Notas

César Herrero Hernansanz

INTRODUCCIÓN

Les ofrezco mis notas del libro **Saber decir no. La sabiduría que libera**, de *Francesc Torralba*.

Ha sido una satisfacción redescubrir la sabiduría de su filosofía, psicología, pedagogía, relaciones con mundo económico y social ... Muchas de las cuales habíamos compartido casi medio siglo, desde los inicios de la Escuela Equipo, y en nuestro ideario cristiano. El libro puede considerarse *Vademécum* elemental de emociones tóxicas, anhelos, relaciones sociales y económicas, educación y formación, discernimiento ... que ayudan a gestionar la propia identidad humana, al margen de la fe, o mejor, como base esencial de la fe. Ayuda al crecimiento personal y al de quienes se relacionen con nuestro entorno.

Los textos en rojo son aportaciones mías con el fin de precisar o ampliar su sentido. Si después de leer mis notas desean profundar en algún asunto, les recomiendo recurrir al texto del libro.

Asimismo, les adjunto índice y paginación de mis notas, sincronizado con el del texto original, para que puedan percibir a vista de pájaro una panorámica del libro. Índice y paginación, que les facilitarán la búsqueda fácil de temas de su interés y ubicación.

Que disfruten estas notas.

César Herrero Hernansanz

Murcia, diciembre 2017

ÍNDICE

I Saber rectificar	5	3 Actitudes a extirpar para alumbrar un mundo nuevo	31
II El arte de saber decir no	7	3.1 No a la orgía consumista	32
III La difícil aceptación	11	3.2 No al narcisismo	35
IV ¿A qué hay que decir no?	14	3.3 No al individualismo	36
1 Educación del alma	14	3.4 No a la corrupción	38
1. 1 No al deseo ilimitado	14	3.5 No a la opacidad	39
1. 2 No al paternalismo	16	3.6 No al fanatismo	39
1. 3 No a la dispersión	17	V Cuando decir no es una liberación	42
1. 4 No a la sumisión	18	1 De las pasiones envenenadas	42
1. 5 No al cultivo de los tópicos	19	1.1 No a la desesperación	42
1. 6 No a la cultura de la facilidad	20	1.2 No a al remordimiento	43
1. 7 No al todo vale	22	1.3 No al resentimiento	44
1. 8 No a la tecnolatría	23	1.4 No a la venganza	46
1. 9 No al culto a la velocidad	23	2 De la desmesura comunicativa	47
1. 10 No a la mentira piadosa	25	2.1 No al culto a la conexión	47
2 Por unos vínculos de calidad	26	2.2 No a la inmediatez	49
2. 1 No a la profanación de la intimidad	27	VI El valor de la renuncia	51
2. 2 No al cultivo de la apariencia	28	VII Cada día es una ocasión para renacer	53
2. 3 No a la indiferencia	30		

I Saber rectificar

Decir no es acto de resistencia y afirmación personal, que suele suponer nadar a contracorriente. Cuando digo no: estoy presente, existo, tomo distancia de los demás; soy singular, dejo de ser clon social, diseño de la opinión pública.

Decir no: me obliga a razonar mi negativa, justificar mi opción; exige el trabajo de pensar, búsqueda de argumentos sólidos, salir de lugares comunes y tejer razones; convencerme a mí mismo, averiguar las razones del no.

Cuando el no es solitario el factor *mayoría* pesa. Es la ocasión para conocer el yo íntimo y la consistencia de los propios pensamientos. La oveja solitaria, que toma caminos solitarios, será calificada de descarriada, pero será plenamente libre; es probable que sienta miedo, necesite al pastor y eche de menos la calidez del rebaño.

La cuestión es poder decir no, no sentirse culpable y mantener lazos de estima y afecto. Decir no sin frustrar a nadie, sin sentirse culpable, es un aprendizaje con la libertad personal en juego. El miedo a no gustar, desagradar, frustrar es uno de los principales asedios de la libertad.

Para decir no hace falta el difícil equilibrio de pensar en las razones del no y habilidad comunicativa. El no pensado es un acto de libertad, que exige deliberación y ponderación. Sólo se puede decir no con responsabilidad, cuando se ha pensado el sí.

También hay que contemplar la posibilidad de rectificación sin entenderla como derrota moral. Rectificar requiere humildad, capacidad de reconocer las tesis del otro, vencer el muro de orgullo y amor propios. Sólo quien toma distancia de sus opiniones es capaz de decir no cuando antes había dicho sí.

Yo no soy el conjunto de mis opiniones. El yo las trasciende cuando me equivoco; no soy el error, ni la decisión que he tomado. Distanciamiento, que abre posibilidad a la rectificación; hay que saber tomar distancia de opiniones, relativizarlas y no quedar sujeto a ellas.

Ejercitarse en la rectificación requiere distinguir entre acto y persona. La persona no es la suma de sus actos, sino que trasciende el conjunto de sus actos. Los actos reflejan el ser de la persona, pero nunca la definen en su totalidad. Si se confunden persona y acto, ambos resultan fallidos sin posibilidad de redención.

Nadie está libre de sucumbir a la ignorancia: *Errare humanum est*, y admitirlo es el único modo de vivir con plena conciencia de lo que somos. La vulnerabilidad es rasgo común a todo ser humano. Una de las epifanías más visibles de la vulnerabilidad es el error. Por tanto, hay que ser tolerantes con errores ajenos y propios. Quien es consciente de su error es capaz de comprender a quienes han errado, porque empatiza con ellos.

Para evitar callejones sin salida, en sí y no es prudente evitar palabras o conceptos cerrados *nunca* o *siempre*, que complican rectificaciones. El ejercicio de la rectificación refuerza la libertad y facilita madurez. La libertad exige el riesgo de decidir, afrontar el vértigo de las posibilidades. Sólo acierta quien prueba, aunque caiga en errores. Sólo se equivoca quien decide, opta, hace un camino. Quien se estanca en la encrucijada, nunca se equivoca porque no ejerce su libertad; podrá criticar, pero no reconocerá que otros tienen la audacia de ejercer su libertad, convertir el don que se les ha dado en misión.

La libertad no está hecha en primer lugar de privilegios; está hecha, sobre todo, de deberes, Albert Camus, *Breviario de la dignidad humana*. La libertad es árida, porque supone asumir deberes, responsabilidades y reconocer errores.

No podemos decir sí o no a todo, porque hay líneas rojas, que no deberíamos cruzar nunca. Debo ser consciente de que puedo todo aquello a lo que digo sí o no. Saber decir no es aprendizaje difícil, ligado a madurez de la vida e indignación creciente ante un mundo, que no me gusta y querría diferente. Pag 9-16.

II El arte de saber decir no

Nos definen noes y síes. Al negarnos, delimitamos una frontera y el otro reconoce una personalidad. Al afirmarnos mostramos lo que nos importa, nuestro horizonte de referencia. La afirmación es un acto de voluntad e inteligencia. Decir sí a todo nos desintegra como personas y decir no nos encierra en una jaula. La cuestión es discernir a qué hay que decir sí y no.

El no reactivo es para llamar la atención, como el adolescente, que rechaza por instinto las tesis de los padres para afirmar su personalidad, tomando distancia de cuanto ha recibido y mundo de sus padres. La primera etapa de la vida es de ósmosis del entorno afectivo y mimesis de hábitos mecánicos, sin discernimiento. El adolescente necesita afirmarse, marcar distancias, hacer ver a la sociedad que no es prolongación de sus padres, que es ser único y quiere ser reconocido como tal. Su no es emotivo, reactivo, visceral, mecanismo de defensa y manifestación del yo.

Durante la juventud, el yo va conquistando su propia personalidad sin necesidad de negar visceralmente, ni marcar distancias, mediante la exploración del mundo y de sí mismo.

En la madurez llegan los síes y noes maduros, pensados, meditados, macerados en el silencio, que brota de las profundidades del yo. Constituyen el tejido de la libertad. El no maduro nace del fondo del corazón; se formula con sonrisa, responsabilidad, inteligencia y deliberación; no teme perder complicidades, ni caminos solitarios. A menudo, el precio del no supone marginación u ostracismo del mundo social. Por esto, el no del adolescente es gregario, en grupo; el no del joven también participa de la comunidad, también teme, aunque en menor medida, que el adolescente; el no maduro se formula con convicción, sin temor a la soledad.

Sólo quien es capaz de decir no puede defender su libertad: *El hombre libre es el hombre sublevado, que le caracteriza la capacidad de decir no, oponerse a lo que se espera de él, hacer de su vida un proyecto personal y tener la audacia de vindicar la propia singularidad y no desintegrarse en el Todo social. No a las estructuras de poder; no a control social; no al dios que encarcela y fiscaliza*, Albert Camus.

La transformación del dicho cartesiano es decisiva: *Me sublevo, luego existo*. No es el hecho de pensar lo que me vuelve consciente de que existo, sino decir no, porque pongo una barrera, una frontera con los demás, que **me permite vivir mi yo**. Decir no me individualiza y puede o no aislarnos de los demás. La individuación es un proceso largo, que pasa por la conciencia de separación física y después por la mental, emocional y espiritual.

La persona madura es capaz de reconocer su yo único y diferente y los profundos lazos de vínculos invisibles, que le unen a sociedad y naturaleza. El no maduro reconoce que cuanto le une a los demás es más profundo y grande que cuanto le separa: participamos de un ser finito y mortal; estamos sujetos a

enfermedad y envejecimiento; anhelamos la felicidad; nos necesitamos mutuamente, somos interdependientes. Pueden separarnos ideas, creencias, lenguas, valores, estilos de vida, consumos y tecnologías ... Al no maduro no le espanta la comunión universal, porque sabe que es un ser distinto, que fluye por el mismo universo y aspira al mismo fin.

Al decir no tomo distancia de los demás, adopto una posición singular, que confirma mi identidad, valores y convicciones. Cuando los vínculos son profundos, no se conmueven porque algún miembro diga sí o no; cuando son superficiales, el no los pone en crisis. Deberíamos poder decir no sin enfadarnos; disentir sin sentirnos culpables en la confianza de que cuanto nos une es más profundo y sólido que nuestros pensamientos.

La discrepancia de criterios políticos, sociales, religiosos y morales con las personas que queremos no debería ser factor de disolución de nuestros lazos. La disolución pondría de manifiesto la ligereza de nuestros vínculos, hechos de inseguridades y miedos. En la discrepancia deberíamos buscar el respeto a la singularidad del otro libre.

Vivir es alternar afirmación y negación, aunque no son fáciles los discernimientos para anticipar sus consecuencias. Además, nos inquieta equivocarnos y la escisión interior de nuestro ser: nos rompe decir sí con la cabeza cuando el corazón suplica no o viceversa. El hombre al decidir con escisión interior: *Tanto si obedece a las razones de la razón, como si obedece a las razones del corazón, sentirá que se ha traicionado a sí mismo*, Blaise Pascal.

No es posible decir sí a todo, porque hay disyuntivas excluyentes; y no es fácil decir no sin excusarse o mentir. Nos disgusta negar deseos, peticiones, reclamos y para no contrariar a los demás o frustrar expectativas, decimos no sin convicción y alegría. Son los síes y noes secuestrados, robados, cuya dimensión verdadera conocemos en nuestra conciencia y los demás perciben como impostados. Respeto de estos síes y noes es conveniente respondernos a las siguientes preguntas: cuando digo sí, ¿quiero decir sí?; cuando digo no, ¿quiero decir no?; ¿por qué digo sí, si quiero decir no?; ¿por qué digo no, si quiero decir sí?; ¿qué me impide ser transparente?

Si después de tantas renunciadas y traiciones secretas nos miramos en el espejo, no nos reconocemos, porque el rastro que han dejado en nuestra vida es desconocido, ajeno a cuanto amamos y anhelamos en el corazón. Hay noes del pasado, que desearíamos no haber pronunciado nunca, porque han representado puntos de inflexión en nuestra historia personal. Y hay síes, que lamentamos, porque habría sido oportuno decir no. Pero los lamentamos en vano, porque la historia es irreversible y nada puede borrar el camino trazado.

Sin embargo, se aprende de noes y síes: **un sí abre un campo de posibilidades y un no cierra una vía. Al decir sí renuncio a emprender otros caminos; al decir no, me reafirmo en el camino emprendido.** Sólo puedo vivir una vida: la mía; no puedo vivir otras vidas, ni volver al punto de partida, como si nada hubiera ocurrido. Desconozco las consecuencias de las decisiones, que

tome ahora; no puedo tomar decisiones por los demás; cada cual deberá tomar las suyas.

Siempre flota en la mente la vida, amor, viaje, familia ... hipotéticos. Nuestra mente fantasea con hipótesis, juega a crear futuribles de rosa, que nunca sucederán. Recrear fantasiosamente episodios no modifica la densidad de nuestro presente. En cambio, el viaje de la imaginación propicia una evasión, el olvido del aquí y ahora, que nos desengancha de la circunstancia histórica durante el tiempo que dure.

El presente, siempre es presente, resultante de un pasado voluntario o involuntario: *Soy un fue y un será y un es cansado*, Quevedo. Ningún presente es casualidad o fatalidad, sino una suma de síes y noes del difícil ejercicio de escoger. Por otro lado, quienes nos rodean no son responsables de nuestros síes y noes y, por tanto, no deben pagar sus consecuencias.

La grandeza de la condición humana radica en esta capacidad para decir sí y no, lo que convierte a cada ser humano en una aventura. No tenemos evidencias en las encrucijadas vitales; no sabemos lo que nos depara el futuro; no disponemos de opciones claras, nítidas; es un terreno de probabilidades e incertezas; tomamos decisiones sobre la marcha en un tren muy veloz; no se nos permite detenernos e investigar las opciones de cada encrucijada; decidimos a tientas con el riesgo de que nuestras decisiones nos conduzcan a desvíos; no podemos detenernos en espera de evidencias. *Vivir es siempre apostar, tomar riesgos, caminar a tientas sobre un territorio minado de incertezas y novedades*, Blaise Pascal.

Sólo podremos verificar noes y síes *a posteriori*, después de haber transitado por la vía y constatarlo, pero no podemos retornar al cruce: *porque la existencia se vive hacia adelante, aunque permita su comprensión retrospectiva*, Soren Kierkegaard. Si pretendemos volver a la encrucijada inicial, ya no seremos los mismos de entonces; hemos cambiado; hemos sedimentado nuevas experiencias; hemos conocido gente nueva. El camino ha dejado rastros, **señales y heridas** en nuestro ser; tampoco encontramos las mismas alternativas de antaño; se han transformado el abanico de opciones y viandante.

Los rodeos retrospectivos pueden suponer aumento de prudencia, sabiduría, experiencia ... y culpabilidad si descubrimos que nuestros caminos se cruzan con otros caminos personales, afectándoles.

Hay que decidir en un marco de incerteza y saberlo gobernar para que no doblegue a quien decide. En la decisión hay grandeza; y también miedo y angustia a equivocarnos para siempre. Una vida al dictado no es vida, sino expropiación de la vida personal. El ser humano debe discernir desde la más íntima y desnuda soledad; debe elegir a qué dice sí y a qué no. *Estamos condenados a ser libres*, Jean Paul Sartre, nadie puede hacerlo por mí. Cada cual sabe en su conciencia a qué ha dicho sí y no; saberlo es duro y signo de grandeza y libertad. La madurez de la decisión consiste en no poder imputar a nadie de nuestras decisiones.

Somos seres dinámicos: *sí* y *no* no se articulan de la misma manera a lo largo de la vida, porque evolucionamos **nosotros y las circunstancias**. La vida enseña a modular *sí* y *no*, a deliberar con juicio. A veces, hay que decir *sí* para sobrevivir, salvar a los demás o para que crezcan. Otras veces hay que decir *no* por dignidad, decencia moral o poder mirarse al espejo y no ver un monstruo. Saber decir *no* es un arte. Pag 17-28.

III La difícil aceptación

Negación se opone a afirmación. Negar la realidad de mundo y uno mismo, rechazar y resistirse al ser de las cosas, que se manifiestan, es elegir el camino de la ignorancia. La filosofía de la negación se opone a la de la afirmación. La actitud sabia frente a la realidad consiste en afirmarla y aceptarla.

La negación es una forma de violentar la realidad y a nosotros mismos; intentar cambiar la esencia de las cosas; una tentativa abocada al fracaso. Porque no podemos dejar de ser quienes somos; cambiar a las personas que nos rodean; transformar el ciclo de naturaleza y vida. Las cosas son y no pueden dejar de ser lo que son. La sabiduría consiste en dejar que sean, no forzar su naturaleza, su ser.

Existen realidades, que no pueden dejar de ser lo que son; pero otras admiten posibilidad de cambiar, atesoran posibilidades inéditas, metamorfosis potenciales; lo que exige discernimiento entre lo que se debe aceptar y transformar.

Aceptarse es decir no al yo ideal, ficticio, a la construcción de una personalidad nebulosa, que sólo existe en la mente y choca frontalmente con lo que soy. *Existe la náusea de uno mismo, la protesta contra uno mismo*, Romano Guardini, *Virtud*, que consiste en rechazarse, cansarse de uno mismo, negarse a ello. Esta postura lleva al fracaso personal. Decir no al yo idealizado es el primer paso para aceptarse a un mismo. La protesta contra uno mismo es silente y persistente y puede derivar en desesperación. *La desesperación de no querer ser uno mismo se vincula con la obsesión de no querer ser uno mismo, desear ser otro*, Soren Kierkegaard, *La Enfermedad mortal*.

La autoaceptación significa estar de acuerdo con el hecho de existir puro y simple, Soren Kierkegaard, *La Enfermedad mortal*. *Aceptarse significa aceptar el don de existir tal como nos ha sido dado. La autoaceptación exige la aceptación de la propia pobreza ontológica, ser efímero, frágil y perecedero que necesita constantemente de los demás para crecer y desarrollarse*, Romano Guardini. Lo cual supone la capacidad de abstenerse de pensar lo que habría querido ser, en quién me hubiera gustado convertirme, y fijar la atención en lo que soy *aquí y ahora* con su potencial y limitaciones.

Las filosofías de negación y aceptación no son opuestas, se necesitan una a otra. Sólo puedo aceptarme tal como soy, si soy capaz de negar las contradicciones ficticias de mí mismo; sólo puedo aceptar a los demás tal como son si me libero de las expectativas, que he depositado en ellos; una cosa es lo que son y otra la representación que me forjo de los demás. Los demás no son receptáculos de mis deseos, ni están en mi vida para satisfacer mis sueños.

Aceptarse a sí mismo requiere tomar distancia del yo idealizado. Una cosa es la identidad real y otra el yo idealizado. El yo real se refleja cada día en

el espejo; el yo encarnado experimenta fragilidad en cada momento; nace, crece, vive, enferma, muere; toma distancia de sus propios pensamientos y emociones; valora la propia vida; toma decisiones de presente y futuro ...

Para aceptarse a sí mismo hay que decir sí a la propia historia, a los episodios más oscuros y difíciles de la propia biografía. Decir no a la propia historia, sería decir no a mi yo actual, porque el yo, el ser, tiene genealogía temporal. Conocer la propia historia es la puerta de acceso al yo real: da claves para entender la vida presente; sentimientos y emociones que fluyen; enseña a entender cuanto puedo ser en el futuro. El presente no puede desligarse del pasado y el futuro no nace por generación espontánea, sino en íntima conexión con el presente.

No estamos encadenados al pasado; tampoco nacemos en cada momento; pero tenemos capacidad para hacer algo nuevo; dar vida a una realidad nueva; romper continuidad con el pasado con una novedad, que irrumpe en la historia.

Por una parte, *la vida es lineal y puntual*. En el hilo de la vida hay nudos difíciles que deshacer; rupturas, que es necesario salvar con saltos arriesgados; transiciones cómodas e incómodas con cimas y simas.

Por otra, *somos seres lineales y no puntuales*. El pasado nos deja rastro; abre horizontes inéditos y cierra otros; predispone a tomar ciertas decisiones; excluye territorios. No todo es posible, porque somos limitados. Sin embargo, tenemos posibilidades que debemos saber entrever, encarando con transparencia el yo real, la historia reconocida, la densidad del presente con su complejidad y ventanas, por las que insinúa el futuro.

Para aceptar a los demás hay que decir no a la visión idealizada, que nos proyectamos de ellos. La realidad trasciende la idea y siempre la supera; en ocasiones las expectativas no se cumplen; otras veces, la realidad supera las especulaciones.

Para aceptar la envoltura afectiva, familiar, cívica ... hay que decir no a las visiones idílicas de sus entornos afectivos, destruir sus representaciones mentales e idealistas, que hemos creado. El conocimiento de la historia es determinante para conocernos a nosotros mismos y a quienes forman parte de la frágil y volátil burbuja afectiva, que nos protege de la intemperie del no.

Para conocer a los demás hay que decir sí a su propia historia. No podemos aceptar a los demás sin su pasado, vínculos y múltiples peripecias vitales. En ocasiones es doloroso conocer el pasado de seres queridos; pero sólo si lo conocemos podremos entender quiénes son ahora, por qué hacen, dicen y sueñan tales cosas. No es fácil destruir la imagen que nos hemos formado de ellos y aceptar su verdadera identidad. Otras veces los demás se niegan a mostrar episodios oscuros y heridas del alma por dignidad personal o mecanismos de defensa. Amar a alguien es aceptarlo tal cual es con su presente y pasado. No podemos hurgar en la vida de los demás, pero sólo podremos entender por qué es como es aquí y ahora, si nos muestra las sombras de su biografía.

El presente es un árbol, que hunde sus raíces en el pasado, de tal forma que las alegrías, tristezas y dolorosas noches del presente tienen su génesis en el pasado. Conocerlo es la clave de bóveda para aceptar el presente y proyectar el futuro con realismo. Futuro, que es abierto, incierto y desconocido; sin embargo, el conocimiento del pasado da claves para entender los futuros que podemos divisar. Las raíces sostienen el árbol.

Puedo amar a los demás sin conocer su pasado, pero no puedo cerrarme a conocerlos por miedo a descubrir agujeros negros, que no estaría dispuesto a admitir. Este pasado podría ser prueba de mi amor, porque si no estoy dispuesto a aceptar quiénes fueron, hicieron, dijeron, corrompieron, falsearon ... no los aceptaré tal como son. Más bien, amaríamos sus idealizaciones en nuestra conciencia, que no estaríamos dispuestos a borrar. Conocerlos nos permitirá: amarlos mejor; entender sus reacciones, miedos, complejos e inseguridades; entender sus aspiraciones, resentimientos y rencores, que cristalizan en su interior.

En los procesos humanos de conocimiento es esencial narrar la propia historia. Explicar la propia historia es: trabajo de reconstrucción personal; excelente ocasión para saber con plena conciencia los propios recorridos y sus resultados. La historia es imprescindible para conocer al otro real, de carne y hueso. Pag 29-36.

IV ¿A qué hay que decir no?

Saber decir no requiere audacia equidistante entre temeridad y cobardía. Es punto medio entre el exceso del temerario, que no calcula y el déficit del pusilánime, que nunca decide. Ser audaz requiere vencer el miedo, que paraliza y frena voluntad e iniciativa. El miedo actúa de mecanismo de defensa inconsciente, que nos detiene y pone a salvo. Decir no requiere audacia y coraje cuando la negativa desentona del conjunto. Hay que pensarlo mucho para decir no y no abdicar de la propia posición.

El cobarde no se expresa hasta que los demás han dado su opinión, por temor a quedar en la marginalidad; el miedo le conduce a sacrificar su visión. El temerario no teme las consecuencias de sus actos, que le conducen al naufragio personal, por falta de prudencia para calcular las consecuencias y no renunciar a su visión personal.

Las actuaciones se dan en tres ámbitos de la vida humana:

1 Deseo ilimitado. Saber decir no a paternalismo, dispersión, sumisión cultivo de tópicos, cultura de la facilidad, todo vale, tecnolatría, culto a velocidad, mentira piadosa ...

2 Vínculos. Vivir es vincularse, establecer relaciones ... Saber decir no es tan importante como decir sí, es esencial para una existencia de calidad. Hay vínculos, que liberan y hacen crecer a las personas y hay relaciones que erosionan y destruyen. También hay malas prácticas como profanación de la intimidad, cultivo de apariencias e indiferencia.

3 Actitudes, que se deben extirpar del cuerpo social para no deteriorar la vida de los ciudadanos: consumismo, narcisismo, individualismo, corrupción, opacidad, fanatismo ... y originar un mundo nuevo, basado en valores. Pag 37-39.

1 Educación del alma

1. 1 No al deseo ilimitado

La práctica educativa tiene papel determinante en la educación del deseo. El ser humano es en esencia ser anhelante, busca lo que no tiene, aspira a convertirse en lo que no es. El deseo es la fuerza motriz, energía que le propulsa a actuar, a moverse; por eso el deseo es vida, principio de movimiento, alma secreta de las personas, causa eficiente de sus actos.

El deseo revela carencia y esperanza de plenitud. Nos ponemos en movimiento por algo, con la esperanza de alcanzarlo. El deseo apunta hacia un futuro esperanzado; arranca del *ahora* y nos lleva al *futuro hipotético*, por el que estamos dispuestos a trabajar y sacrificar el *presente*. Al engendrar los deseos no sabemos si se realizarán, calarán en la profundidad de nuestro ser o serán espurios. El deseo, como ser y amor, se dice de muchas maneras, pero

para conocer a fondo a un ser humano hay que descubrir la cualidad y potencia de sus deseos. Somos deseo, pero no todo en nuestro ser es deseo.

Hay diversos deseos. Deseos secretos que nunca revelamos; deseos públicos, que revelamos; deseos de *tener*; deseos de *ser*; deseos permanentes, de toda la vida, que nunca se hacen realidad, ni somos capaces de extirpar; deseos fugaces; deseos, que vivimos con intensidad; deseos utópicos ...

Hacer conscientes los deseos y someterlos a crítica es trabajo relevante en la formación integral de la persona, porque está en juego su felicidad: *El valor real de una educación verdadera no tiene que ver con notas, títulos académicos y sí con la conciencia de algo tan real y esencial, que nos envuelve de manera clara y al mismo tiempo tan oculta que tenemos que repetírnoslo una y otra vez*, David Foster Wallace, Esto es agua.

A veces no somos capaces de captar lo más esencial con los sentidos: *Es invisible a nuestros ojos*, El pequeño príncipe. Otras veces, frente al resto de seres creados, somos conscientes de cuanto nos mueve y conmueve, lo que nos sostiene y activa nuestros movimientos. La educación del deseo incluye:

1 Conciencia del deseo. Saber por qué y qué se desea. Muchos deseos permanecen inconscientes: mueven a la persona; la activan en diferentes sentidos; y la persona ignora qué le mueve. Por tanto, necesita claridad, conciencia del deseo.

2 Discernimiento crítico de lo que deseamos. Sólo hay conciencia con discernimiento crítico, que analiza y valora racionalmente la viabilidad del deseo para deducir posibilidades de éxito. No todos los deseos son realizables.

3 Tenacidad en la búsqueda de su culminación. En caso de discernimiento afirmativo pasaríamos a la persistencia en la conquista del deseo o **posesión del objeto**, paciencia de espera, porque extrañamente el objeto del deseo es inmediato.

4 Tolerancia a la frustración. No siempre se hacen realidad nuestros deseos. El deseo, que no alcanza plenitud causa sentimiento de amargura, que se puede transformar en rencor y resentimiento. Es fundamental tolerar la frustración para vivir y proyectar nuestros deseos.

La educación del deseo es esencial en la persona. La reiteración del *no* en el aprendizaje acompleja y paraliza, porque es expresión de desconfianza. Sólo se abren posibilidades en el educando diciendo *sí* a sus posibilidades, confiando en su potencial, animando a mostrar quién es sin miedo a equivocarse.

Educar es crear espacios, abrir puertas, enseñar el mundo, desarrollar talentos, confiar. La educación exclusiva del *no* lleva a frustración; la exclusiva del *sí*, a despotismo. Poner límites es labor esencial, significa decir *no* a ciertas actitudes, identificar líneas rojas, que no se pueden traspasar.

Vivir pacíficamente con los demás y respetarles, exige aceptarles como sujetos de derechos, que limitan la expansión de nuestro *ego*. Si el otro tiene derecho a trato equitativo, no le puedo discriminar. Los límites hacen posible

vida en común, armonía social, civilización. La ilimitación del deseo es fuente de frustración, porque comporta choque entre voluntad y realidad y la necesaria aclimatación de la voluntad a los límites del mundo.

El niño es fuente permanente de deseos; y el deseo es fuente de sufrimientos. En la sociedad del escaparate, el niño vive en un almacén lleno de objetos de consumo, un inmenso mercado llamado *mundo*, en el que consciente o inconscientemente todo estimula a consumir, comprar y padecer por obtener los objetos, que hace presentes en su vida. Recibe infinidad de estímulos que emocionalmente no puede procesar ni diferir con la misma finalidad: seducirle a comprar, activar su deseo, convertirle en consumidor promiscuo y dependiente.

El niño se activa a través del deseo; quiere lo que ve y huele; lo que tienen los demás; y lo quiere *ahora*, porque está integrado en la inmediatez, no soporta tiempo, ni distancia temporal entre deseo y posesión del objeto. Educar el alma exige distancia reflexiva sobre el objeto del deseo. La distancia es el único medio para hacer del niño adulto responsable, capaz de discernir qué necesita y qué no.

Es difícil combatir la ilimitación del deseo, porque cuanto rodea al niño le estimula a desear. Educar no es frustrar deseos, sino hacerlos conscientes para someterlos a crítica y dar elementos para tolerar frustración. El ser humano no puede confundirse con sus deseos, ideas, recuerdos, creencias ... Tenemos capacidad de tomar distancia de todo y gobernarlos.

El deseo es motor de vida. Sin embargo, el deseo ilimitado es fuente de constante frustración. El objetivo de la educación no es frustrar los deseos de nadie, ni los anhelos esenciales del ser humano; es **facilitar medios para que** el educando someta a crítica sus propios deseos; persista en los deseos nobles y bellos, que no tienen el *ego* como centro de gravedad, sino el bien de los demás. Pag 39-45.

1. 2 No al paternalismo

No al paternalismo para garantizar el crecimiento integral en la persona.

El *paternalismo* consiste en tratar al otro como hijo incapaz de hacer nada. Tiene su origen en mal discernimiento, que sólo reconoce flaquezas, debilidades e incapacidades del otro y no su potencial inherente. Es una forma de mesianismo, que, para evitar escabrosidades, presenta un mundo blando, cómodo; su proteccionismo pretende cobijar de la intemperie. Menospreciar el potencial del hijo es ignorar sus talentos interiores, en cuya aptitud el niño queda pasivo en espera de que le resuelvan problemas, dificultades y contrariedades.

El educando debe resolverse sus problemas interaccionando con otros, buscando la mejor solución a través de cooperación creativa, intercambiando ideas, practicando el ensayo y **aceptando** el error. Dar soluciones antes que el niño haya buscado por sí mismo es un error, porque atrofia inteligencia, imaginación y sentido de esfuerzo. Si deseamos que crezca y desarrolle su

autonomía, deberemos dejarle correr, asumiendo la posibilidad de caídas. Aprendemos por ensayo y error, proponiendo hipótesis y verificándolas en la práctica. Las caídas en las malas prácticas tienen graves consecuencias para los educandos porque atrofian sus facultades. Las contrariedades son estímulos decisivos en la educación, porque vivir es entrenarse adecuadamente para aprovecharlas; tener astucia para superarlas; y crecer afrontándolas.

La contrariedad, al igual que sufrimiento y angustia, tienen valor educativo. Ignorarlos y hacerlos invisibles es salirnos por la tangente, escapar de la vida. Educar en autonomía exige mucha paciencia. Exige ser tolerante y animar a los educandos en sus búsquedas personales. El único medio de crecer en autonomía integral de la persona: física, síquica, social, ética y espiritual es acompañarla a afrontar contrariedades y problemas. Sus vidas no nos pertenecen. Pag 46-49.

1. 3 No a la dispersión

Uno de los males de hoy es la dispersión mental y emocional de educandos, educadores e instituciones educativas, que debilita procesos de aprendizaje. Dispersión es antítesis de concentración. La concentración afecta a todas las dimensiones del ser humano, es un movimiento de absoluta atención en el objeto de estudio. En el momento de concentración se nos ocultan *mundo* y nuestro *yo*; sólo está presente el *objeto* de atención. La persona concentrada pierde noción de espacio y tiempo; todas las energías mentales y emocionales convergen en el punto del objetivo y el resto es paisaje de fondo.

Concentrarse es prestar atención exclusivamente a un foco de interés con lo mejor de nuestro talento, siendo muy receptivos a cuanto se encuentra en él, alcanzando la máxima permeabilidad y transparencia. Estamos plenamente presentes y receptivos, lo que permite que la realidad adquiera una dimensión completamente nueva; en esta tesitura somos capaces de entrever aspectos, dimensiones y estratos inéditos, incapaces de intuir sin concentración.

La concentración exige dominio de flujo mental y capacidad para dirigirlo al foco elegido; exige autogobierno del *yo*, control emocional y mental, que posibilita superar la dualidad entre sujeto y objeto. En el momento de máxima concentración no hay dos entidades contrapuestas: *yo* y *objeto*, sino *unidad plena*, aunque no se trascienda la dualidad física. Cuando la persona se encuentra concentrada, está ausente, no existe para los demás. Los focos de dolor hacen difícil o imposible la concentración, porque el flujo mental y emocional giran en torno suyo.

La concentración exige calma de los sentidos y quietud de las necesidades para que la *mente* se abstraiga de sí misma y el *yo* se descentre, fijando su atención en objetos que no son ellos. La plena concentración exige olvido de sí mismo. El trabajo de concentración exige duro combate contra la

dispersión, mal endémico de la cultura de nuestros días, porque la abundancia de estímulos auditivos y visuales la hacen difícil. Déficit de atención, que tiene graves problemas: cuando se pierde la atención, se pierde el don de matiz, precisión y respeto; para ser respetuoso con los demás hay que estar atento a sus movimientos, necesidades, palabras; la dispersión nos hace toscos y groseros, porque no percibimos con nitidez lo que el otro quiere, siente y espera de nosotros. Por tanto, hay que decir no a la dispersión y afirmar el valor de la concentración.

La tendencia a prestar escasa atención, a florear saltando de un objeto a otro, comporta un conocimiento epidérmico de la realidad e infinita pérdida de tiempo, porque sólo la concentración da frutos en la actividad intelectual. Sin embargo, la dispersión es necesaria como contrapunto, como mecanismo de relajación de la mente, de la misma manera que a la sístole le precede la diástole en el ritmo cardíaco. La tolerancia a la quietud, a focalizar el interés en una cuestión, inhabilita a la mente para captar algo a fondo y entrever las profundidades de su realidad, cuya consecuencia es deslizarse por la superficie de la realidad sin aprehender nada a fondo, nadando en un inmenso mar de frivolidad. Por otro lado, en un mundo de tantos estímulos, la dispersión es una reacción natural: *Se trata de subsistir, de no ceder. La reacción natural siempre es la de dispersarse fuera de horas de trabajo, crear alrededor de sí mismo admiraciones fáciles, un público, un pretexto a cobardías y comedias*, Albert Camus, Carnets.

Para culminar el camino de la dispersión a la concentración: *Hay que callar, suprimir el público y saber juzgarse; equilibrar una aplicada cultura del cuerpo con una aplicada conciencia de vivir; abonar toda pretensión y consagrarse al doble trabajo de liberación de dinero y de nuestras propias vanidades y cobardías*, Albert Camus, Carnets. Es un camino ascético. Es necesario adquirir *hábitos* de disciplina y formas de vida en consonancia. La realización del propio proyecto vital exige no sucumbir al *tener* ni ser esclavo de la propia voluntad. Hay que *vivir en regla: No son gratuitos dos años de vida para reflexionar sobre un solo punto. Hay que liquidar todos los estados anteriores y esforzarse: primero para no olvidar lo aprendido; y después para aprender pacientemente*, Albert Camus, Carnets. Pag 49-54.

1. 4 No a la sumisión

La sumisión explícita o implícita es vulneración del principio de equidad, atentado contra la libertad. La equidad de derechos es principio fundamental de las sociedades abiertas. Cualquier intento de convertir al otro en propiedad, posesión, esclavizarlo a la propia voluntad, es someterlo. La educación es en esencia ejercicio de liberación, porque tiene como fin hacer crecer al otro, cuidar su ser, potenciar sus talentos, desarrollar cuanto en él existe en germen.

La sumisión es esclavitud, servidumbre, negación de derechos fundamentales, transformación de sujeto en objeto, alienación que roba la

singularidad de la persona sometida. La educación nunca puede ser ejercicio de sumisión.

La sumisión es una relación de poder. La esencia de la práctica educativa no es el poder, sino la donación. El maestro da a sus destinatarios lo que sabe, ha aprendido y vivido, además se da a sí mismo. Esta donación hace posible la transmisión de la experiencia adquirida y el progreso de la historia. *La lógica del don es inherente a la práctica educativa*, La lógica del don, Madrid: Khaf, 2012. Cuando la práctica educativa se convierte en relación de poder, confrontación, lucha por conocimiento ... se desnaturaliza, convirtiéndose en imagen grotesca de la educación.

Educar no es vigilar y castigar. Hay que velar por el pleno desarrollo del otro, su crecimiento armonioso ... pero velar no es vigilar, porque en la vigilancia hay fiscalización y en la vela cuidado y atención por el otro. Quien vela no se entromete, sino que respeta, quiere e interviene cuando el otro tiene dificultades, cuando encuentra encrucijadas complejas de superar. La actitud de velar está **en las antípodas** de indiferencia y pasividad, porque la vela está atenta, al acecho de cuanto puede pasar, pero deja hacer al otro sin intervenir innecesariamente. Velar tampoco es castigar. Hay que estar atento al educando, corregirlo, rectificar, enseñarle sus errores y déficits. La corrección es necesaria, el castigo genera más problemas que soluciones. El escrupuloso respeto a la libertad potencial del educando diferencia la práctica educativa de la sumisión.

La libertad es poder defender lo que pienso, incluso en un régimen y en un mundo que apruebo. Es poder dar la razón al adversario, Albert Camus, Carnets. En la práctica educativa hay sitio para disensión, diferencia de criterios, oposición explícita. El buen educador no pretende fabricar clones, sino despertar la conciencia de los educandos, la capacidad de pensar por sí mismos. La práctica educativa se sostiene sobre ética de equidad y valor de libertad. Educar es liberar, potenciar la idéntica dignidad de las personas.

Hay que decir sí a autoridad y no a sumisión. Sin respeto a la autoridad del maestro no hay proceso educativo. Sin embargo, la relación entre educador y educando jamás puede ser **interpretada** en términos de poder. Por otra parte, en los educandos hay **mucha disparidad de talentos**, experiencias y habilidades, en la que el educador debe transmitir y comunicar su saber. La autoridad no se gana con coacción, sino con competencia, coherencia, entrega a fondo perdido. Finalmente, nadie puede atribuirse a sí mismo su autoridad, sino ser reconocida por los otros a través de su práctica y buen ejemplo. Pag 54-58.

1. 5 No al cultivo de los tópicos

Los tópicos son visiones simplificadas de la realidad, representaciones estereotipadas, que traicionan la complejidad del objeto de conocimiento. Un tópico es lugar común, opinión repetida, imagen del inconsciente que se repite de manera acrítica, acabando por convertirse en representación falseada de la

realidad. Existen infinidad de tópicos. Tópicos y prejuicios afectan a intelecto, esfera de conocimiento y tienen consecuencias en emociones, vínculos, creencias y convivencia. La genialidad tampoco se salva de esta debilidad, pues también Schopenhauer y Nietzsche sucumbieron a tópicos de su época.

Los tópicos dan seguridad, porque permiten hacerse mapas simplificadores de la complejidad, ya que son marcos de orientación operativos para tomar decisiones. Por tanto, cuando a partir de tópicos tomamos decisiones podemos cometer grandes injusticias y discriminaciones.

Educar es deshacer tópicos, prevenir su génesis, para lo cual el educador debe tomar conciencia de la distancia entre representación mental y realidad. Cuando se da cuenta de este abismo, se abstendrá de hacer grandes afirmaciones, de reducir la realidad a tópicos y lugares comunes. Tal conciencia es principio de madurez y puede representar una caída, porque, lo que parecía claro en su esquema mental, se derrumba. Dicho cuestionamiento de tópicos nos permite acercarnos con seriedad a la receptividad de la realidad, porque nos libera de los filtros de nuestras miradas.

Hay que decir *no* al cultivo de tópicos y *sí* al conocimiento de la realidad, en sí compleja y sin representación mental, que pueda contenerla. La realidad trasciende los tópicos que nos forjamos. Nunca hay acceso directo a la realidad, pero cuanto más conciencia tomemos **del abismo** de los tópicos, en mejores condiciones estaremos de percibirla: *En realidad escuchamos nuestro propio ruido, nuestro propio sonido, no lo que se dice. Resulta extremadamente difícil dejar de lado nuestra educación, prejuicios, inclinación, resistencia y, yendo más allá de la expresión verbal, escuchar para comprender instantáneamente*, Jiddu Krishnamurti, La libertad primera y última.

Las instituciones educativas son fábricas de tópicos y prejuicios. Muchas visiones estereotipadas de pueblos y culturas las hemos aprendido en escuela, familia, libros de texto, cuentos infantiles ... han quedado incrustadas en la piel del alma y la experiencia vital ha hecho que sean insostenibles y volátiles.

Aprender a pensar quiere decir ejercitar cierto control sobre lo que piensas y cómo lo piensas. Quiere decir ser lo suficiente consciente y estar lo suficiente alerta para elegir a qué prestas atención y escoger de qué manera construyes sentido a partir de la experiencia, David Wallace Foster, Esto es agua. Pensar es examinar lo que creemos, lo que damos por sabido, lo que nunca cuestionamos; poner entre paréntesis a lo que no prestamos atención, para erradicar de la mente las representaciones, que nos han sido dadas y no hemos edificado a partir de la propia experiencia vivida. La experiencia es guía del conocimiento, ácido cáustico, que quema tópicos y representaciones.

El individuo es inefable y, para descubrirlo, hay que vivir la experiencia de conocerlo, adentrarse en su ser y estar dispuesto a cuestionar cuanto sabía de él. Pag 58-62.

1. 6 No a la cultura de la facilidad

Decir no a la cultura de la facilidad es esencial para que las personas crezcan, activen su potencial y no sesteen en la comodidad, porque aquella atrofia el músculo del esfuerzo, seca imaginación y paraliza inteligencia. Al decir no a la cultura de la facilidad reconocemos el valor de la dificultad y el sentido de educar para afrontar dificultades. La facilidad no activa mente ni raciocinio; la dificultad pone en marcha las facultades cognitivas, **emotivas y decisorias**, porque se ve impelida a encontrar soluciones.

Publicidad y medios de comunicación de masas persisten en la vida fácil: establecer vínculos, abrirse camino laboral, estabilidad emocional, social y económica ... no cuestan nada. **Fomentan** una visión frívola y color rosa de la vida, que cala en el imaginario social. Aparentemente, todo parece fácil y cualquiera puede alcanzar cuanto se proponga si se pone a ello; el fracaso está proscrito, el error es imposible, la frustración sólo se produce en los victimistas.

Nos van preparando para la vida de facilidad: acceso veloz a la información a través de la red virtual; consumimos con facilidad lo que deseamos; nos ponen al alcance de la mano **lo que antaño parecía difícil**; es fácil educar a hijos, entenderse con la pareja, mantenerse eternamente joven y con aspecto saludable; se multiplican las guías prácticas ... Lo que se convierte en poderoso mecanismo de adormecimiento colectivo.

No es fácil formarse de manera competente; acceder al mundo laboral y mantenerse durante períodos largos; adquirir vivienda; entenderse con la pareja; educar a los hijos; entenderse con padres y mayores, especialmente si pierden lucidez y autonomía; mantenerse joven; combatir la decrepitud; afrontar la muerte de seres queridos y la propia muerte ... La vida es **continuo** aprendizaje y camino lleno de contrariedades. Es mejor saberlo de antemano para adoptar actitudes confiadas y prudentes. La cultura de la facilidad es un engaño, que sólo genera frustración y decepción. La visión idílica de la vida choca frontalmente con la realidad.

No es fácil vivir; persistir en los vínculos, siendo fiel a las propias convicciones; educar a los hijos y hacer posible su autonomía funcional. La cultura de la facilidad es una falsa representación de la realidad; su discurso vende y tiene audiencia, porque nadie compra dificultades. La realidad sin enmascarar ni falsear muestra en sí las dificultades.

La relación intergeneracional es muy educativa. El joven conoce por ósmosis y baño de realismo, las dificultades de la vida adulta, ancianos ...

En la práctica educativa hay que trascender la cultura de la facilidad: no es fácil que los alumnos escriban bien; dominen una lengua extranjera; trabajen el propio talento ... Poner todo fácil atrofiaría el ingenio, porque la dificultad estimula imaginación, creatividad, talento ... para que el educando la resuelva por sí mismo y la inteligencia trabaje **para buscar salidas, poniendo en acción todos sus mecanismos personales**. Si se le diera la solución no estimularíamos sus capacidades, limitándose a adoptar la solución ofrecida. Dar todo por hecho destruiría creatividad e imaginación; resolverlo de antemano mataría

espontaneidad del pensamiento; retrasaría proceso de autonomía; ralentizaría capacidad de pensar por sí mismo. La facilidad adormece el espíritu.

Nadie desea dificultades, pero éstas educan, fortalecen, activan imaginación e ingenio; tensan el músculo del esfuerzo; despiertan la autonomía de la persona. Por tanto, digamos *no* a la cultura de la facilidad y *sí* a al valor pedagógico de la dificultad: *Lo excelso es tan difícil como extraño*, Baruch Spinoza, última frase de Ética. Lo excepcional, lo que excede mediocridad y alcanza máximos niveles de perfección, no es habitual, porque exige entrega y sacrificio, por eso permanece en el tiempo y embellece sustancialmente el mundo. Pag 62-67.

1. 7 No al todo vale

Poner límites no es fácil y menos en entornos plurales, donde no hay fronteras, líneas rojas, cuando todo vale, todo se legitima ... Al educar es esencial identificar límites, encontrar puntos equidistantes entre represión y permisividad. Vivimos inmersos en escenarios plurales, cuya consecuencia es concebir límites, qué se puede tolerar y qué no.

La cultura represiva del *no* causa estragos y la permisividad abre la puerta a explotar a los más débiles e indefensos. La cultura de límites es esencial para convivir pacíficamente. Eslóganes publicitarios y mensajes de masas propagan que todo es posible, depende sólo de nosotros; que el límite es mental, una resistencia psicológica, que priva al ser humano de su grandeza.

El ideal final no es limitar al educando, sino que él mismo se autolimita, calcule el alcance de sus actos y las consecuencias de sus palabras y actos antes de realizarlos. Lo que sólo será posible adquiriendo el hábito de autoexaminarse, verse a distancia y someter a crítica sus intenciones. El autoexamen es el peor de los exámenes y el principio de ética, vida reflexiva y reconocimiento de límites infranqueables.

El límite es respeto al otro, a su dignidad e integridad física y moral. Cuando la autolimitación es clara hay ética, porque hay autorregulación. Mientras que si lo que frena a la persona son principios externos, no existe conciencia ética, sino miedo y temor al peso de la ley. Es necesaria ética privada para presidir relaciones íntimas, familiares, círculos afectivos y mundo próximo; y ética pública para presidir instituciones públicas y mundo social. Naturalmente que los límites no son los mismos, pero es necesario velar porque se cumplan unos y otros, porque *no todo vale* para uno mismo, ni para el mundo público y social. Sin ética sólo queda espacio para barbarie, ley del más fuerte, explotación de débiles y enriquecimiento de poderosos.

La ética es el gran antídoto al hundimiento del mundo, porque no todo está permitido; no todo vale; hay fronteras que no se pueden cruzar; acciones que no se pueden ejecutar; palabras que no se pueden pronunciar; silencios culpables y cobardes ... Cuando todo está permitido, todo vale, se impone la única ley del *ego*, que busca máximo beneficio para sí; **en su proceso** vale cualquier precio; se pisa a quien haga falta; se hunde a quien sea; la libertad se

convierte en despotismo; el más fuerte impone su ley; conduce a la legitimación del darwinismo social y económico.

La libertad parte del todo vale; pero para que sea plenamente humana se limita a sí misma, se pone fronteras y autolimita, porque el otro tiene una dignidad; y porque la libertad no puede ser pretexto para humillar, vejar, maltratar o profanar al otro. La sacralidad de su ser es un límite que la libertad se pone a sí misma para no incurrir en barbarie.

El todo está permitido de Ivan Karamazov es la única expresión de una libertad coherente. Pero hay que ir hasta el final de la fórmula, Albert Camus, agosto 1938. Este llegar al final, al fondo, es desentrañar episodios trágicos y dramáticas consecuencias del todo está permitido, hacer memoria de las víctimas, como el holocausto nazi, para no perder nunca los límites de lo humano, las fronteras de la dignidad. Pag 67-71.

1. 8 No a la tecnolatría

Las tecnologías no pueden poner en crisis pilares básicos en la formación integral del educando. Es necesario evitar excesos, desmesuras tecnológicas y dependencia del instrumento. La tecnología debe limitarse a ser instrumento. Sin embargo se ha convertido en sistema de vida; útero donde se desarrolla el niño; marco en el que vive, se comunica, se vincula; entorno donde busca información, se distrae, juega y establece vínculos. Es su esfera de vida; la burbuja donde vive. Para educarle hay que llegar a su esfera, entrar sin explotarla y dándole la mano enseñarle otras regiones.

El móvil es cordón umbilical, que le vincula a mundo, amigos y cuanto le interesa; alimenta su conversación, alegrías y penas; es la principal fuente de información y comunicación. Sin móvil se queda seco y sin alimento. Los jóvenes de hoy crecen y trabajan en la *tecnoesfera*. No tiene sentido negar la tecnología, cerrar los ojos e ignorar la nueva realidad que emerge. Nuestros hijos son internautas, tecnodependientes; trabajan y viven en la red, conectados entre sí a un mundo global que no conoce fronteras, que rebosa constantemente información e imágenes. En este entorno se impone la labor de discernir, saber diferenciar qué es valioso y qué no. Este trabajo no puede hacerlo la red por sí sola, requiere un educador capaz de convertirse en brújula para los ciudadanos.

En *Google* hay preguntas que no tienen respuesta; esferas de la vida íntima y privada, que ningún buscador conoce. La práctica educativa tiene que saber aclimatarse a la nueva tecnoesfera, pero no puede renunciar a la formación del alma. Hay dimensiones educativas, que necesitan interacción personal, transmisión de la experiencia vivida, comunicación de la vida emocional, ética, estética y espiritual. Formatos, ágoras y esferas se transforman, pero la presencia humana es irrenunciable para educar integralmente al ser humano. Pag 73-75.

1. 9 No al culto a la velocidad

Educar es un proceso lento; la adquisición de conocimientos, virtudes y destrezas requiere tiempo; y cada educando tiene su ritmo de aprendizaje. *Vivimos en la era de la velocidad y por eso sufrimos intolerancia a espera y lentitud*, Encyclopédie des nuisances, Contra el despotismo de la velocidad. Es difícil aislar esfera educativa de ritmo exterior. Hay procesos como educar, cuidar a seres humanos o madurar, que necesitan tiempo. En la práctica educativa hay donación de talento, energía y tiempo, a fondo perdido, sin garantía de éxito. Sólo *a posteriori* se ven resultados. Si pretendiéramos beneficios inmediatos, nos sobrevendría la frustración. La lógica de la eficiencia exige resultados a corto plazo, pero la educación se rige por la lógica de la donación. Por tanto, sólo con el tiempo podrá adquirir el educando sus potenciales habilidades.

La semilla necesita tiempo para convertirse en árbol: necesita tierra apta, clima y humedad adecuados y cuidados. Los procesos de crecimiento personal exigen tiempo, no son secuencias planificadas *a priori*; hay saltos, cambios, rupturas y regresiones. **Puede** suceder lo improbable e inverosímil; educar no es un proceso mecánico, ni cadena de fabricación; nadie puede anticipar con certeza resultados, porque desconocemos el eco en el alma del educando de cuanto se le ha transmitido. La educación requiere duración, pero el tiempo es un bien escaso en nuestra época, que todos preservan y guardan para sí mismos. Educar es dar tiempo al otro para que se haga mayor y crezca; es donación silente, **que no se percibe**, ni se reconoce, pero es el único medio de hacer crecer al niño; educar es acto de generosidad, sobre todo cuando no hay certeza de que la donación de tiempo sea fecunda.

No estamos dispuestos a esperar, a adaptarnos al ritmo de la lentitud. Queremos *todo* y *ahora*. A los padres nos mueve la fe de que nuestro esfuerzo, nuestra siembra dé sus frutos. Pero los frutos nunca serán inmediatos, habrá que esperar. Hoy día, el educador se pregunta si cuanto hace tiene sentido, sirve para algo y vale la pena su entrega personal.

Estamos acostumbrados a obtener velozmente el objeto que deseamos, la información que buscamos. Estas rutinas afectan negativamente a los procesos educativos, porque la formación de personas, incluso en la era tecnológica, requiere tiempo, paciencia, constancia y repetición del mensaje, pues sólo la repetición cala en el fondo del alma y se traduce en vida práctica. La comprensión intelectual del mensaje no comporta necesariamente su aplicación existencial.

Cuando el ser humano desacelera su ritmo habitual y recobra la lentitud, descubre una nueva realidad. La lentitud permite entrever detalles y matices, que nunca había percibido, saborear cada instante y percibir más y mejor conocimiento de cuanto le rodea,. No se puede pensar velozmente, porque el pensamiento requiere calma y lentitud para recorrer los contornos de la realidad y captar lo escondido. Cuando la persona vence el afán de velocidad y se instala en la lentitud de vivir, descubre la potencia del pensamiento; empieza a pensar; el pensamiento siempre matiza y distingue, ve el otro lado de la

cuestión en lugar de petrificarse en fórmulas; pasa a su través y si las conserva, las modifica, renueva, vive y cuestiona permanentemente. Pag 76-80.

1. 10 No a la mentira piadosa

Decir no a la mentira piadosa es adoptar fuerte compromiso con la verdad. La mentira piadosa es frecuente con el fin de no herir, ofender o frustrar, pero, cuando el sujeto la descubre, le perjudica más que beneficia. En los seres humanos hay un abanico de posibilidades y carencias. Identificar carencias no es fácil, pero es una labor del educador, que debe hacer ver límites y dificultades, que plantea su ser. Trabajo nada agradable, porque a nadie le gusta reconocer sus carencias y debilidades. Sin embargo, es indispensable alcanzar un mínimo conocimiento de sí mismo. Ocultar las carencias tiene peores consecuencias. El educador debe mostrar al educando sus posibilidades, las potencias de su ser, para que sea consciente de sus talentos, pero no puede endulzar la realidad limitada de su naturaleza.

Es decisivo a la hora de elegir itinerario profesional, el conocimiento de límites y posibilidades. Además, tarde o temprano aflorará la verdad. El educando debe saber: si no escribe bien; si no calcula bien; si le falta conocimiento de sí; si no se controla emocionalmente ... Por supuesto, se le deben reconocer y ayudarle a estimular sus habilidades y destrezas. Por tanto, ocultarle sus carencias es un error pedagógico. El conocimiento de la ignorancia es estímulo para liberarse de ella, porque la persona, que sabe que tiene carencias, puede buscar estrategias para trascenderlas.

En la práctica educativa, la mentira piadosa es expresión de paternalismo para no frustrar al educando en su proceso de aprendizaje. Decirle que no conoce lo que pretende conocer es hacerle ver la realidad tal cual es, situarle en el mundo. Pero este baño de realismo hay que hacerlo con tino, **compensando** a la vez sus posibilidades y talentos, porque si sólo se identifican sus límites, carencias y faltas puede hundirse y sufrir crisis de autoestima. La persona que conoce sus carencias experimentará dos posibles reacciones:

a Indignación porque quiere tener el talento que tienen los demás; puede sentirse injustamente tratado por Dios o naturaleza, ansiar ser otro para tener sus habilidades; pasa por celos, envidia existencial. En cambio, si se aceptara a sí mismo viviría su ser con dignidad y no se perjudicaría tomando decisiones que no le convienen.

b Aceptación porque lo asume tras pasar por resignación.

Entre estas dos opciones hay un abanico de grises y estados transitorios, difíciles de identificar. En los procesos educativos se tiende a establecer agravios comparativos. Es duro **y desolador** reconocer las propias limitaciones, pero más perjudicial es creer que carecemos de limitaciones y vivir complacido en la mentira.

Hay que decir *no a la mentira piadosa y sí a la verdad soportable*, relevante en prácticas educativas, clínicas y asistenciales. Decir la verdad es el fundamento de la confianza. No es fácil ser objeto de confianza en nuestro mundo. En la práctica educativa se establece una relación de confianza: el educando no sabe y se fía del educador; cree que lo que le trasmite es verdad, no fruto de su imaginación.. La verdad es decir lo que las cosas son, sin distorsionarlas, ni tergiversarlas. Sin embargo, hay mensajes difíciles de asumir y digerir emocionalmente, **en los que es relevante la verdad soportable**. **El sujeto** tiene que conocer sus límites y carencias, pero es esencial la manera de revelárselas para que pueda asumirlas de manera razonable.

La verdad soportable es compromiso con la verdad, con lo que son las cosas. Para estimular a que cada educando llegue al máximo nivel tiene que evitar estigmatización y práctica comparativa. El educador debe esforzarse por ver las capacidades del educando, por mínimas que sean. Cuando se le señala como problemático, incapacitado ... se le estigmatiza, nuestra mirada se vuelve unidimensional. Estigma que pesará sobre el educando, señalándolo dondequiera que vaya. Puede condicionar incluso la mirada del nuevo educador con estos prejuicios.

También deberemos evitar la tendencia a comparar las limitaciones del educando con las limitaciones de otros, porque el agravio comparativo más que estimular crecimiento y esfuerzo, genera resentimiento, rencor y al final fragmenta el conjunto. Es necesario comunicar la verdad. Es tarea desagradecida, pero necesaria para desvelar lo latente y escondido y que el sujeto se esfuerza en negar sistemáticamente. Pag 80-84.

2 Por unos vínculos de calidad

El vínculo de calidad **supone en el otro**: respeto a su dignidad; integridad física y moral; trato de equidad; preservación de su intimidad; y cuidado de su vulnerabilidad. Los vínculos tienen valor decisivo en la vida humana, porque la calidad de nuestra existencia está relacionada con la calidad de los vínculos, que forjamos en nuestras trayectorias biográficas.

Existen multitud de vínculos: los hay que salvan, hunden, liberan, explotan, alienan ... pero todos son decisivos en la persona. Las personas no somos independientes: nos afectan críticas, elogios ... Aun en estados de imperturbabilidad los demás afectan a nuestro pensamiento, ritmo cardíaco, flujos emocionales, modos de actuar ... Podremos evitar responder visceralmente a una provocación, pero no podemos evitar su influjo en nuestra vivir.

Los vínculos tienen considerable influencia en nuestra calidad de vida. La persona podrá disfrutar de bienestar material, confort económico, pero si vive con alguien agresivo, violento, déspota ... difícilmente tendrá calidad de existencia. La calidad de los vínculos depende exclusivamente del factor humano. El marco condiciona la interacción, pero la interacción no es la

resultante del marco. *Lo más relevante no es a dónde se va, sino con quién se va.*

Todos los vínculos inciden en el acontecer de la persona. No somos ajenos a nuestros nexos, ni indiferentes a las relaciones que establecemos. Somos permeables, nos conmueve y perturba cuanto los demás hagan, digan, piensen u opinen de nosotros.

Hoy no somos esclavos de la contigüidad física, ya que la red global nos ofrece posibilidad de nuevas relaciones, interactuando en el espacio presencial y virtual. Podemos desafiar espacio y tiempo, establecer nexos de calidad con personas alejadas de nuestro entorno. Lo cual nos abre un inmenso universo de vínculos, de nuevos encuentros antes inimaginables. Las facilidades para interactuar son enormes y exigen discernir con quién vincularnos.

La red es espacio de encuentro idóneo para interactuar, relacionarse, buscar compañía, ayuda mutua o escapar de la soledad. El ágora virtual permite aumento exponencial de viandantes internautas. En este marco es esencial discernir y elegir bien al interlocutor, confidente y acompañante del propio trayecto biográfico. Los vínculos interpersonales virtuales pueden tener altos niveles de calidad, que estarán en función de los internautas, sus intenciones y modos de proceder. En dichas relaciones pueden darse formas de explotación, instrumentalización y violencia; pero también hay lugar para amistad auténtica, amor romántico, ayuda mutua, complicidad y confidencialidad. Pag 84-88.

2. 1 No a la profanación de la intimidad

La calidad del vínculo se mide por el respeto a la intimidad, que es derecho, territorio, ámbito que no se puede definir *a priori*, sino *a posteriori*. Nadie sabe de antemano dónde empieza y acaba el territorio íntimo del otro, pero jamás deberá proyectar el propio sentido de la intimidad del otro. Lo que para mí forma parte de mi vida íntima, puede no serlo para otro y viceversa. En el acercamiento a la intimidad del otro hay que pedir permiso y no entrometerse en ámbitos que desea reservar para sí.

Las fronteras de la propia intimidad pueden variar con el tiempo: lo que de niño consideraba secreto, puede dejar de serlo en la juventud o viceversa. Como seres dinámicos que somos, nuestra intimidad se ve afectada por cambios y transformaciones en nuestra vida. La frontera, que separa vida pública de íntima se transforma en el transcurso de la existencia, lo cual hay que tener en cuenta en el diálogo intergeneracional. Los jóvenes quizás tengan un sentido de intimidad, diferente al que tuvimos nosotros a su edad.

Penetrar en la intimidad del otro sin permiso es violentarle e infligirle sufrimiento. A nadie le gusta que la intimidad de su corazón se haga *comidilla* pública, porque la profanación de secretos íntimos duele. Ser confidente de alguien es gran responsabilidad, aventura trepidante, que permite conocer y ser espectador privilegiado de su corazón.

Revelar los secretos a alguien exige audacia, superar vergüenza y pudor. Sin embargo, la compensación es elevada, porque es muy liberador. Hay secretos difíciles, que al salir a superficie liberan dolor y aportan beneficios emocionales y mentales. El buen confidente evita hacer juicios, valoraciones o aconsejar si no se le pide, sólo escucha.

La intimidad está hecha de creencias, recuerdos, complejos, ideales y egoísmos, miedos, vivencias sexuales, rupturas, desamores, éxitos y fracasos, dudas e indecisiones, entregas, atropellos, traiciones, aciertos y fracasos ... Se teje con hilos muy sensibles. El corazón es territorio lleno de sorpresas. Aunque la apariencia, y más la próxima no siempre corresponde a la verdad.

Revelar la intimidad es desnudarse ante otro ser humano, poner a la luz nuestra desnudez, vulnerabilidad, fragilidad ... nos hace vulnerables a crítica y mofa de los demás. El proceso puede ser muy liberador, si **encajamos** momento, sitio y confidente idóneos. A veces es más liberador alguien desconocido, que ofrezca confianza. La confidencialidad requiere silencio, confianza y respeto. Cada cual escoge a su confidente, al que se le supone discreción y puede ser un tesoro, porque permite liberar la intimidad sin sufrir, ni temer su divulgación. El principal inconveniente del confidente es la incontinencia verbal.

La intimidad es esencial en la relación interpersonal, que aspire a altas cotas de calidad humana. La revelación de información secreta en la red virtual tiene mayor resonancia que en la plaza presencial, porque la revelación permanece mucho más tiempo, pudiendo convertirse en estigma para la persona afectada. Un buen uso de la red virtual preserva contenidos de intimidad, porque determinadas revelaciones pueden tener efectos negativos afectivos y profesionales. Pag 88-92.

2. 2 No al cultivo de la apariencia

Hay que negar apariencia para afirmar autenticidad. Ser auténtico es consecuencia de largo y difícil itinerario de aproximación a sí mismo, que consiste en revelar y mostrar la profunda naturaleza de nuestro ser. Lo que sólo es viable con dos movimientos: al interior para identificar qué y quién soy; y al exterior para revelar a través de palabras, gestos y acciones quién soy.

La autenticidad es la revelación del ser. La apariencia es: operación cosmética, que no atraviesa la epidermis del yo; querer aparentar lo que no se es o más de lo que se es; emular a otro que no soy yo, pero querría ser. En el fondo no deja de ser servidumbre de la cultura del tener, donde sólo se valora lo que tenemos, transformando sujeto en objeto. Quien no tiene, se ve obligado a aparentar que tiene para ser aceptado; quien tiene, quiere parecer que tiene aún más de lo que parece. Cuanto más crezca la obsesión enfermiza por tener, más se empobrecerá el ser, riqueza inherente que hay en cada persona. Por tanto, la cultura de la apariencia es destructiva y censura lo más valioso de nosotros mismos: *Cada vez que uno cede a sus vanidades, piensa y vive para aparentar, se traiciona*, Albert Camus, Carnets.

Vivir para aparentar revela exhibicionismo, inseguridad, miedo e indignancia al mostrar a los demás quién soy; me acomplejo ante lo que soy, pienso, siento, quiero ... lo censuro y muestro lo que sólo será aceptado y valorado por los demás. Por tanto, se trata de una traición, porque al aparentar me niego a mí mismo y también traiciono a los demás, porque proyecto una falsa imagen de mí, lo que no soy ni tengo, que no se corresponde con la realidad, convirtiéndome en farsante. En vivir para aparentar hay miedo a la crítica de los demás, rechazos, no aceptación e indignancia, porque en la cultura de la exhibición surge la necesidad de gustar, complacer, ser alguien y reconocido. Cuando una persona se libera del vasallaje del gustar, de la servidumbre del qué dirán, descubre un ámbito de libertad, que le permite vivir reconciliado consigo mismo, sin necesidad de censurar lo que es. Se quita una losa de encima.

La servidumbre a la apariencia lleva a la traición; queremos agradar tanto a los demás que nos traicionamos; al pretender ser reconocido, negamos nuestro ser; pulimos la corteza de nuestro ser para que los demás no perciban lo que soy, pienso, siento, o quiero; me rodeo de objetos que los demás desean para despertar su admiración, celos, envidia ... con el fin de que tengan necesidad de acercarse a mí. Sin embargo, no vienen por mí, sino por la imagen que les he proporcionado y exhibido de mí. Nadie, salvo uno mismo, se da cuenta de esta traición. Cuando somos capaces de llegar al silencio y coraje de examinar la desnudez de nuestro ser, sentimos que nos hemos traicionado a nosotros mismos; hemos renunciado a ser quienes somos y estamos llamados a ser: *No admitir la convención y horas de oficina. No renunciar. No renunciar nunca; exigir siempre más. Estar lúcido incluso durante aquellas horas de oficina. Aspirar a la desnudez, a la que el mundo nos relega tan pronto como quedamos solos ante él. Pero, sobre todo, para ser, no intentar aparentar*, Albert Camus, Carnets.

Apariencia: amontonamiento y vanidad se opone a *desnudez*: reencontrarse a sí mismo. Decir no a apariencia es la única posibilidad de decir sí a desnudez del ser. La apariencia obedece a miedos, nos convierte en seres mendicantes de afecto. El temor a ser marginados nos lleva a presentar una imagen de nosotros, diferente a la de nuestro ser profundo, sucumbimos a la cultura de la apariencia.

Somos seres sociales, formamos parte de la comunidad, pero sólo habrá comunidad cuando haya autenticidad, cuando el otro sea aceptado tal como es. Por tanto nuestra imagen exterior debe revelar la verdad de nuestro ser, que en ocasiones se ve condicionada por la mirada del otro. Justamente por eso, la felicidad radica en la correspondencia entre lo que somos y aparentamos, lo que decimos y pensamos. Cada vez que irrumpen la incongruencia, afloran desgracia y sentimiento de traición e indignidad. La fisura entre ser y apariencia, es malestar, que no tiene antídotos, ni lenitivos en entorno o exterioridad. Como carencia interior, sólo puede ser curada en nuestro interior.

Por tanto, no hay atajos ni escondites para quien se traiciona y se niega a ser quien está llamado a ser.

Cuando alguien toma conciencia de la censura a que se somete a sí mismo y de la comedia que representa, siente un estado de ánimo de *infelicidad*. La apariencia no llena; vivir para exhibir lo que no tiene, sabe o posee, lleva a un camino truncado. Puede engañar a los demás, pero no a sí mismo. En cambio, cuando alguien no vive auténticamente y la conciencia le hace lúcido, le abre a la transformación. Sólo por el camino de la transformación podrá desvincularse de apariencia, afán de focalizar en lo que no es, sabe o siente. Esta vía le llevará al estado de buen ánimo, *ευδαιμονία*, felicidad. *¿Qué es la felicidad sino el simple acuerdo entre un hombre y la existencia que lleva?*, Albert Camus, Breviario de la dignidad humana. Pag 92-97.

2. 3 No a la indiferencia

La indiferencia ante mal, sufrimiento, hambre, ignorancia, violencia, guerra, deportación, limpiezas étnicas, inmigrantes, refugiados ... es obscenidad. Es una forma de inhumanidad y mecanismo de defensa cobarde para permanecer ajeno a los demás, sus miserias y tragedias; para no verse afectado, implicado o conmovido por sus gritos y miradas. La indiferencia es: cobardía, incapacidad de asumir como propios y dar respuesta a los dramas de los demás; antítesis de conciencia ética; consecuencia de miedo; *una forma de mala conciencia, mauvaise conscience, excusa para pereza e inopia*, Jean-Paul Sartre. Hay dos formas de indiferencia:

a *Nace del sentimiento de pusilanimidad*. Emerge de miedo, no asumir riesgos, comodidades, no querer perder control, inseguridades, vivir dentro de una burbuja, impedir que los demás me afecten, vivir como si no existieran ... Dicha indiferencia, consecuencia de engaño y autoengaño, nos hace sentir culpables. *Ante la globalización de la indiferencia hay que reivindicar la globalización de la empatía, la mundialización de la compasión*, Johann Baptist Metz. Por otra parte, tampoco nos excusa el argumento de la *inmensidad*, ya que no podemos adoptar compromisos con todo y todos, porque sí podemos priorizar, sectorizar.

b *Consecuencia de la responsabilidad del trabajo espiritual*, que sólo se alcanza con libertad interior, independencia de espíritu y alma, desvinculándonos de cuanto nos rodea y envuelve. Los estoicos latinos la llamaban *indifferentia mundi*. Radica en prescindir de opiniones, críticas y observaciones de los demás; cumplir con nuestro deber, realizar nuestra misión en mundo sin pretender obtener beneficio personal, fruto o condicionamientos de los demás. Para desplegar dicha misión hay que centrarse de lleno en ella y permanecer indiferentes a estímulos, invitaciones y seducciones del entorno.

Esta segunda indiferencia no es alejamiento ni separación del mundo; tampoco egoísmo ni individualismo; es la indiferencia necesaria para realizar la propia misión en el mundo, que teorizaron los grandes místicos medievales; no es menosprecio de la realidad social ni aislamiento; es entrega, donación al mundo y a los demás sin que sus pensamientos y afectos condicionen nuestra

plena dedicación a la misión libremente elegida. *El Maestro dijo: No dejarse influir por calumnias que se infiltran o acusaciones que se clavan en la piel se puede llamar **lucidez**. No dejarse influir por calumnias que se infiltran o acusaciones que se clavan en la piel se puede llamar **distancia***, Confucio, Analectas.

La actitud deferente nos hace verdaderamente humanos, decentes moralmente. La indiferencia está muy extendida. Tendemos a: vivir en mundos aislados; construir fronteras invisibles; establecer categorías y territorios; distinguir entre ellos y nosotros, propios y extraños, seres dignos e indignos ... Cartografías morales, que son pretextos para justificar nuestra indiferencia hacia los demás, los de fuera, ajenos a nuestra comunidad, que no pertenecen al círculo de los dignos. Pag 97-101.

3 Actitudes a extirpar para alumbrar un mundo nuevo. Contra pesimismo estéril, que se limita a cantar dificultades presentes, negritud de futuro y nostalgias de tiempos pasados, hay que reconocer en el ser humano capacidad de alumbrar mundo nuevo y realidades diferentes, aprender de errores pasados y romper la fatalidad de la historia. El futuro está abierto, el pasado cerrado y el presente ambiguo; del pasado no podemos deducir el futuro, ni imaginar el futuro como repetición del pasado. En cambio, para conocer el presente, aunque no sea resultado del pasado, éste es determinante, porque las raíces del presente se nutren de su historia.

Además, la historia demuestra que hay sitio para novedad, innovación, transgresión y emergencia de lo nuevo; diferentes épocas de la historia demuestran que se produce lo inverosímil, imprevisto y no calculado. Por otra parte, las prospectivas son falibles, porque la historia no es ciencia exacta y las predicciones quedan sometidas a infinidad de variables, ajenas a fórmulas y control. Y precisamente, porque el ser humano es protagonista de la historia, ésta conlleva novedad y factores inesperados e imprevisibles, ya que son inherentes a la condición humana.

El niño que nace es más que prolongación de los genes de sus padres; es a la vez continuidad y discontinuidad; en él está la savia del linaje de cuantos le han precedido, pero no se identifica con ellos; es ser único, irrepetible, nuevo en la historia y no repetición de algún ser que ya existió; no es avatar de algún ancestro o espíritu del pasado; tampoco copia exterior o interior de sus padres; hay en él algo que sorprende, escapa y no puede deducirse de sus progenitores.

El niño que nace es un ser que emerge con la posibilidad de alumbrar algo nuevo: palabras nunca dichas; acciones nunca imaginadas; formulaciones que nadie ha concebido en su mente; altera la secuencia de la historia abriendo fisuras entre antes y después. Cada ser humano que nace es, más que hecho biológico, un acontecimiento. Y ésta es la razón de la esperanza, el verdadero antídoto al pensamiento estéril.

Las generaciones vienen y se van; pero en cada generación hay seres humanos únicos y diferentes con posibilidades inéditas. Es como el follaje, que

vuelve una y otra vez en primavera sin aparente novedad: las hojas parecen iguales, pero no lo son; cada una es diferente en relieve, textura, longitud y anchura; todas las hojas tienen el mismo origen y destino de desprenderse del árbol.

La generación que viene a sustituir a la anterior aporta nuevas ideas, convicciones, ideales y esperanzas. Luchará para hacer realidad sus sueños y llegará hasta donde le sea posible, sin predecir lo que conseguirá, pero alumbrará algo nuevo. Y cuando se marchite, como el follaje, emergerá una nueva generación con nuevos ideales, lenguajes y propuestas, que dejarán huella en la historia universal.

Hay un mundo que se descompone; se hunden programas, instituciones y sistemas; es necesario estar atentos a los brotes verdes, que contienen la vida del futuro. Es posible que las ruinas del mundo viejo nos impidan ver el mundo emergente, cuyos brotes verdes ya nos hablan de un mundo nuevo. *La historia es un esfuerzo secular para vencer las múltiples formas de miseria: hacer que gane conocimiento sobre ignorancia; justicia sobre injusticia; dominio de las cosas sobre impotencia; vencer hambre, frío, enfermedad e incluso muerte; como mínimo, hacer retroceder los males, que anticipan la labor. Es verdad que muchos hombres han sido durante siglos demasiado miserables, y todavía lo son, para imaginar que puedan salir de la miseria; es verdad que a menudo las religiones, incluso la cristiana, contra su propia verdad los han mantenido en una resignación, que conservaba su miseria. Todo tiene que empezar por toma de conciencia,* Yves Marie Congar, Un pueblo mesiánico.

Para alumbrar este nuevo mundo hay que decir no a orgía consumista para decir sí a consumo consciente; no a narcisismo para decir sí a conciencia de **comunidad**; no a corrupción para decir sí a honestidad; no a opacidad para decir a transparencia; no a fanatismo para decir sí a razón. Pag 101-105.

3.1 No a la orgía consumista

Decir no a la orgía consumista es decir sí al consumo consciente. El consumismo es la gran religión de masas en países opulentos; podemos identificar sus templos, iconos, deidades, calendario litúrgico y fiestas significativas. La máxima exposición orgiástica de esta religión civil se produce en período de rebajas, que suscitan tal euforia colectiva, que se traduce en grandes peregrinaciones a templos comerciales con colas, empujones y voracidad consumista, espectáculo que se repite periódicamente. Religión, que carece de fundador y cuerpo dogmático, pero mueve y conmueve a las personas a hacer grandes sacrificios, renunciando a grandes bienes para alcanzar sus objetos de consumo. Grandes almacenes, superficies comerciales y aeropuertos son sus santuarios, con más adeptos.

Entre devoto y objeto de consumo se produce conexión vital y fuerte dependencia. El devoto anhela el objeto, quiere poseerlo, siendo capaz de cualquier sacrificio para tenerlo en sus manos. Siente la necesidad de apoderarse de él, aunque viviría perfectamente sin él. Está ligado al objeto de

tal manera que no puede vivir sin tenerlo por la necesidad que le han creado poderosos medios de comunicación y publicidad; necesidad que, aunque producida artificialmente, siente como propia. Laboratorios creativos luchan con poderosos medios para romper la indiferencia, captar la atención del ciudadano consumidor y persuadirlo que compre, induciéndole a desear el objeto, como anhelo sin el que no podría vivir. Su objetivo es que trabaje para tenerlo, ahorre para comprarlo y viva para adquirirlo.

Lo que mueve y conmueve al devoto no son ideas, credos, mensajes, profetas, iluminados, revoluciones sociales ni transformación del mundo, sino el objeto de consumo: dios transitorio, porque cuando se ha poseído, emerge el deseo de otro objeto, que despierta de nuevo anhelo de tenerlo y lucha por conseguirlo. Por tanto, es una religión politeísta de dioses transitorios que despiertan pasiones y son ignorados velozmente; aliena y vacía al hombre de su esencia; le vuelve dependiente, casi esclavo de una realidad ajena a él, objeto de consumo, para el que lucha, trabaja y vive.

Aunque no lo necesite, quiere poseerlo porque necesita exhibirlo, mostrar lo que tiene y poder conseguirlo; lo cual le da estatus social y reconocimiento ante los demás. La exhibición produce sentimiento de superioridad, salida momentánea del anonimato. Por otra parte, la publicidad anuncia un ideal de felicidad, ligado a consumo de objetos y posesión de cosas. Ideal excluyente y elitista, porque sólo accederán quienes tengan poder adquisitivo para realizar sus sueños de consumo. El resto deberá contentarse con lo que tiene y no perderlo. Lo cual segrega resentimiento oculto al contemplar la exhibición de mansiones, vehículos y joyas lujosas. Ideal de felicidad, asociado a consumo fútil e innecesario, que no llena el anhelo de plenitud del corazón humano, a cuyo pesar se presenta como camino a seguir, convirtiéndose en inmenso vertedero de frustración humana, porque frustra a quienes los consumen y frustra a quienes no pueden adquirirlos, consiguiendo que miren de reojo y con rencor.

Somos la parte más ávida y saciada del planeta, los más hábiles y críticos desde el punto de vista cultural, y nos hemos llenado de histéricos e infelices. Nunca habíamos sido tan estúpidos, Pierangelo Sequieri, *Contra los ídolos posmodernos.* La parte más ávida del planeta se ha convertido en alienados, que viven para consumir con la esperanza de obtener la felicidad, creciendo las personas aisladas, desequilibradas y desesperadas. *La felicidad del hombre no se encuentra en la obtención de nada, sino en darse a sí mismo a aquello, que es más él,* Tagore Rabindrannath, Sadhana. El sentido de la vida. Esta sabiduría común presente en cristianismo, humanismo clásico y filosofía personalista contemporánea ha caído en olvido.

En la religión consumista, la felicidad consiste en obtener y no en darse; acumular y no liberarse, que lleva al hombre moderno a acumular objetos en su vida, a avaricia, sintiéndose cada vez más pobre, desgraciado, vacío e infeliz. *Si veneráis dinero y objetos, si en esto encontráis el sentido a la vida, entonces nunca tendréis suficiente,* David Foster Wallace, *Esto es agua. Toda vida*

encaminada a conseguir dinero es una muerte. El renacimiento se encuentra en el desinterés, Albert Camus, Breviario de la dignidad humana. Donación, desinterés, entrega han desaparecido del imaginario colectivo. Sólo crece quien se da; sólo es feliz quien practica la gratuidad; sólo es libre quien libera a los demás. La potencia contracultural de estas sentencias choca frontalmente con las grandes afirmaciones dogmáticas de la religión consumista, que predica: sólo es feliz quien obtiene el objeto que ansía; sólo se realiza quien recibe reconocimiento: sólo es libre quien puede comprar lo que quiere en cualquier momento; en cuyo camino la frustración despierta y conduce al ciudadano a buscar otros relatos y soñar otros horizontes. La estupidez de la religión consumista rompe parámetros históricos, trasciende previsiones y pone de relieve la fragilidad de la razón para orientar el curso de la vida.

El tiempo se ha convertido en gran mecanismo de evasión colectivo y el mundo en inmenso almacén. La cuestión es tener objetos, que cíclicamente envejecerán y serán sustituidos por otros nuevos. La obsolescencia del objeto de consumo es la clave de la lógica del consumo: no puede durar; debe tener caducidad para que siga el ciclo hasta el final de la historia; tiene caducidad antes de ponerlo a la venta; el consumidor es consciente de esta lógica, pero entra en el juego, porque se cansa de objetos; necesita otros nuevos para redecorar su vida. El mundo está poblado de objetos de consumo; está marcado por la erótica consumista. En el acto de consumir, el ciudadano se ha convertido en *homo consumens*: sabe que existe, está ... porque piensa que es pasaporte a felicidad y plenitud.

Ante la orgía del consumismo hay que reivindicar el consumo consciente, medido, equilibrado, ponderado, que se ejerce desde la auténtica libertad, con pleno conocimiento de las consecuencias del consumo. Lo cual requiere educación verdadera, cambio de mentalidad y profunda transformación de la mirada. *Me permito sugerir que la libertad que da la educación verdadera, el equilibrio que proporciona, es esto: poder decidir conscientemente lo que tiene sentido y lo que no*, David Foster Wallace, Esto es agua.

El consumo consciente es tendencia emergente, que va creciendo. Emerge un tipo de consumidor, que da motivos de esperanza: consciente de sus derechos; de su poder por el hecho de consumir; explora los orígenes de los productos, cómo, quién y para qué se ha generado; antes de consumir pretende obtener máxima información del producto, que pretende comprar. El consumo consciente sólo es posible si hay transparencia en procesos de producción, transporte y distribución, sin los cuales el consumidor no podrá elaborar génesis, resultados e historia del producto.

La empresa es juez y parte, porque tiene interés en vender y puede tenerlo en esconder aspectos oscuros de la trazabilidad del producto, eslabones oscuros en sus procesos. El consumidor, por tanto, debe indagar si en la elaboración de productos se han respetado derechos humanos; si se ha contaminado; si el transporte ha sido sostenible; con qué materias primas y de

dónde se ha elaborado ... Es esencial que las administraciones públicas garanticen requisitos éticos para que el producto de consumo sea humanamente sostenible y ecológicamente responsable. Es inaceptable que productos, que incumplan requisitos éticos mínimos **puedan circular** y venderse en el mundo. Se deben identificar territorios, poner límites y líneas rojas. Podría premiarse fiscalmente a empresas ejemplares. Un mundo globalizado necesita ética global de producción y consumo. El consumidor consciente sabe que tiene poder y lo ejerce con responsabilidad. Lo que dará lugar a más consumidores conscientes y a productores conscientes, **que puedan vender sus productos en el nuevo mercado de consumo consciente**. Pag 105-113.

3.2 No al narcisismo

Narciso, reflejado en un estanque, es la perfecta metáfora de la vida autocéntrica, centrada en uno mismo. No debemos confundir el necesario cuidado de uno mismo para la existencia equilibrada y armónica con centrarse y encerrarse en el propio yo, que comporta olvido y exclusión de los demás. El cuidado es imprescindible para el ser humano, porque es mortal, débil, vulnerable y experimenta un abanico de necesidades cada día de su existencia. Por tanto, el cuidado no es lujo ni pasatiempo, sino exigencia para existir, seguir siendo y subsistir en el ser. *Cura corporis et animae* son condición de posibilidad de toda misión en el mundo: sólo podré realizar lo que siento que estoy llamado a hacer, si dispongo de *salus corporis et animae*; sólo entonces podré entregarme a lo que me trasciende; sólo si me entrego a lo que no soy podré aspirar a ser medianamente feliz.

El narcisismo **encubre tres importantes problemas**:

a Endogamia, porque es una relación de yo con el yo; reflexiva, no sale de sí misma; se queda encerrada en la intimidad; le falta el aire, novedad, **enriquecimiento**, escucha y atención al otro, que comporta el choque con su mundo.

b Destrucción, porque conduce a una sociedad ficticia o seudocomunidad de pequeñas individualidades, convertidas en diminutas deidades, que sólo buscan su bienestar material, emocional y espiritual; aboca a la destrucción de la interacción, tejido social y comunidad.

c Frustración, porque la devoción al yo en carne y alma no salva al yo de su decrepitud final y desastre.

El narcisista se da cuenta antes de que muera el ídolo, que venera, de su fragilidad; de la relatividad de su ser; y de su condición vulnerable y efímera del yo. Frustra saber que ha dedicado la vida a algo tan espurio; decepciona ser devoto de un dios transitorio.

Decir no al narcisismo es afirmar el valor del descentramiento y preocupación por el otro; reivindicar la ética, que empieza cuando concienso que a mi alrededor existen otros seres humanos, que me necesitan, llaman, interpelan y convocan a responder con mis palabras y acciones. Cuando el yo se convierte en foco central de la existencia, los demás se vuelven extensión

ridícula, hologramas sin consistencia que deambulan a mi alrededor y los utilizo sólo para mi beneficio. Narciso está entregado totalmente a la búsqueda de sí mismo, es indiferente a los demás dioses y seres humanos, se vuelve obsesivo sobre sí mismo y el resto es ruido. *En la posmodernidad, ya no es Prometeo el primer santo del calendario irreligioso, como pretendía Marx. Tampoco Dionisio, como pretendía Nietzsche. Es Narciso*, Pierangelo Sequeri, *Contra los ídolos posmodernos*. Veredicto, que coincide con estas lúcidas palabras: *Narciso continúa siendo el modelo arquetípico, porque la preocupación central del hombre moderno es él mismo, su cuerpo, sexo, salud, futuro, bienestar mental, emocional, trabajo y proyecto de vida*, Gilles, Lipovetsky, *La era del vacío*. Significativa preocupación por uno mismo, que se refleja en la abundante literatura terapéutica actual, que procura devoción sicótica a ciertos cuidados de cuerpo y alma como belleza, **salud, bienestar, juventud ...**

El dios de la nueva religión civil es el yo y su principal ejercicio de espiritualidad, el mismo yo; no es trascendente, porque so se abre al otro, ni rompe el yo ontológico; el objetivo es ser yo; sin embargo, para llegar a ser lo que quiero ser tengo que sacrificarme y renunciar a lo que me gusta. Su lema **son tópicos conocidos y extendidos**: *lo único que cuenta soy yo; mi felicidad es mi principal aspiración; quiero realizarme como ser humano, y que Wallace enmarca: Venerad vuestro cuerpo, vuestra belleza y vuestro atractivo sexual y os sentiréis siempre feos, y cuando el tiempo y la edad se empiecen a notar moriréis un millón de veces antes de que finalmente os metan bajo tierra*, David Wallace Foster, *Esto es agua*.

Un drama común en nuestros días es que muchas personas viven escindidas entre el yo que son y el que querrían ser; entre el cuerpo que tienen y el cuerpo que querrían tener; entre la belleza que muestran y la que querrían mostrar. Persecución del yo ideal, abocada al fracaso, porque el ideal real se impone causando culpabilidad y frustración al ser humano, al constatar que a medida que crece se hace mayor su fragilidad, vulnerabilidad y condición mortal. Es consciente y se desespera porque no puede alcanzarlo; y en el caso de alcanzarlo no puede garantizarlo durante su vida. Pag 113-118.

3.3 No al individualismo

Decir no al individualismo es vindicar la comunidad. A menudo la libertad se asocia al yo y la servidumbre al *nosotros*: Mientras vivo sólo soy libre. Si vivo con otros mi libertad se ve limitada, porque el otro es obstáculo, traba y dificultad para ser libre; si no fuera por los demás podría gritar; actuar sin límites; me veo coartado porque los demás me censuran con sus miradas y leyes. Vivir con los demás, formar comunidad, compartir itinerario ... se interpreta como renuncia a sueños y expectativas del yo; concesión de parcelas de libertad; preludio de vida servil.

En el imaginario colectivo subsiste la idea de que el individuo está llamado a ser autónomo, autosuficiente, preservar su libertad ante los demás,

instituciones y comunidades. Nadie quiere sentir que depende de otros seres humanos para hacer funciones de su vida, porque la dependencia se vive como crisis de dignidad y sentido.

Sin embargo, nacemos dependientes; somos resultado del vínculo entre dos seres humanos y acogidos en el vientre de la madre; se nos mantiene en entorno de protección, que hace posible nutrición, crecimiento y preservación de intemperie. Por tanto, el individuo no se hace a sí mismo, no nace por generación espontánea, ni puede convertirse en lo que está llamado a ser de manera solitaria; necesita vitalmente a los demás y a la comunidad para sobrevivir. En la vida nunca alcanzamos estado perfecto de independencia; como mucho llegamos a autonomía funcional, circunstancial, frágil y amenazada.

En el imaginario individualista cada yo está concebido como isla, mónada independiente, hermética y cerrada a sí misma como entidad con génesis y destino independiente de los demás. Cada yo lucha por imponer sus intereses, prioridades, destacar del conjunto y abrirse hueco. Los otros son telón de fondo de la existencia individual, ruido que molesta y no deja oír la propia voz. Comprensión de la vida humana equívoca y falsa, que choca frontalmente con la naturaleza comunitaria del ser humano. Grandes pensadores de todos los tiempos han subrayado la naturaleza social del ser humano; su necesidad de la comunidad para existir, crecer, desarrollarse y alcanzar sus sueños. Para existir necesita el escritor, lectores; el médico, enfermos; el maestro, alumnos; el panadero, clientes. Somos seres proyectados hacia los demás, abiertos a la relación.

Desde el individualismo, el otro es obstáculo. Pero hay que recordar que los demás son don y oportunidad para crecer y desarrollarse. Esta idea de libertad, como entrega al otro, sólo es posible en comunidad y concibiendo la libertad donación gratuita y sin cálculo, perfecta entrega sin espera de beneficios y resultados: *La libertad verdaderamente importante comporta atención, conciencia, disciplina, esfuerzo y capacidad de preocuparte de verdad por los demás y sacrificar por ellos, una y otra vez, en una mirada de pequeños gestos ínfimos y poco seductores, cada día*, David Wallace Foster, Esto es agua.

Esta idea de libertad como liberación del ego, descentramiento y consagración a los demás es extraña a nuestro imaginario colectivo, y, sin embargo, es la idea más genuina de libertad. *Soy gracias a los demás. Los demás son muro de contención de mi libertad; ocasión para que trascienda la tendencia egocéntrica que hay en mí, la pulsión autorreferencial y me libre a lo que no soy, me olvide de mí mismo y me dé gratuitamente a una causa superior a mi ser.*

Las últimas consecuencias del individualismo son soledad, aislamiento, y desmembramiento de la comunidad. Cuando el ser humano ha degustado el sabor amargo de estas consecuencias cruza el umbral para valorar la comunidad; para valorar la relevancia de los demás en la propia vida; para

hacer realidad sus sueños, necesita trabajo cooperativo, ayuda mutua e interacción armónica con los demás. Aprender a vivir con los demás no es fácil, aunque tampoco es fácil el camino solitario. Entenderse es ejercicio que requiere tiempo y paciencia; la inmensa mayoría de conflictos en organizaciones tienen origen en la convivencia e interacción de personas; prevenirlo es básico para garantizar fluidez relacional y buena marcha de la organización.

El camino solitario es impropio de seres humanos, porque somos de naturaleza social y dependiente; pero establecer vínculos adecuados es ejercicio de ensayo y error, trabajo de acercamiento y distancia. Por otra parte, la comunidad no debe ahogar al individuo hasta el punto de concebirla como jaula; ni estar tan lejana y distante que el individuo no sienta sus efectos, se sienta perdido, desamparado y abandonado. Es necesario aprender a vivir con los demás, lo que comporta asumir los deberes de pertenencia a determinada comunidad y disfrutar de los bienes, que reporta convivir con los demás. Pag 118-122.

3.4 No a la corrupción

Decir no a corrupción es afirmar con contundencia honestidad y honradez. **En nuestros días** abunda la corrupción individual, institucional y sistémica. Pero las frecuentes, grandes o pequeñas corrupciones del ámbito político restan importancia a las corrupciones domésticas, que también son corrupción. Desde la ética, corromper es intencional, no casualidad o fatalidad. La corrupción tiene dos componentes:

a Sujeto, que corrompe y presupone una voluntad que dibuja estrategias para conseguir su fin.

b Sujeto, que se deja corromper y sucumbe a la corrupción por necesidad, miedo, beneficios ...

La intencionalidad de corromper es desviar a alguien de su deber; hacer que haga o diga lo que no tenía que hacer o decir: alterar la rectitud moral, que se espera de él. Habrá corrupción siempre que haya voluntad de desviar a alguien de su deber, ya que supone intento de corromper. Cualquier corrupción merece juicio ético negativo, porque pretende desviar el deber de cada uno y, en consecuencia, se produce vacío moral, dejadez, injusticia que genera patología social e indignación ciudadana.

Hay tres grandes tipos de corrupción:

a Personal. Es ejercida por una persona sobre otra.

b Institucional. Es ejercida por una institución sobre una personas **o grupos**, exigiéndoles determinadas operaciones contra su conciencia o sentido del deber. Lo que conduce a la devastación de instituciones y crisis de credibilidad.

c Sistémica. El sistema exige a instituciones y personas que actúen contra su deber, lo cual lleva a la destrucción del cuerpo social.

En nuestros días, es necesario desarrollar mecanismos preventivos contra la corrupción; establecer sistemas de control y vigilancia de posibles

prácticas corruptas; formar en ética a futuros profesionales; articular un sistema jurídico que vele siempre por la buena praxis. Pag 122-124.

3.5 No a la opacidad

Decir no a opacidad es decir sí a transparencia. Los ciudadanos exigimos transparencia a las instituciones: saber cómo se gastan recursos; cómo se distribuyen funciones; quién hace qué; que los responsables públicos rindan cuentas ... Transparencia, que exigimos a las instituciones públicas, porque las sostenemos con nuestros impuestos **y delegamos poder y confianza en los gobiernos**; transparencia extensible a organizaciones privadas, no gubernamentales y religiosas. Está en juego la credibilidad de las instituciones. Si optan por políticas de ocultación y secretismo, perderán su credibilidad y la confianza de la sociedad.

¿Cuánta transparencia estamos dispuestos a soportar? ¿Cuánta transparencia puede digerir el estómago social? ¿Hay suficiente madurez social para mirar cara a cara a la verdad y no deshacerse en indignación? La corrupción en diferentes épocas no depende de la percepción de sus niveles de corrupción, sino de sus niveles de transparencia.

El ejercicio de transparencia obliga a muchas organizaciones a hacer deberes, cambiar inercias y modelos y depurar prácticas. Las que optan por esta vía serán creíbles, generarán confianza y fidelizarán a sus destinatarios, porque en la sociedad transparente todo acaba sabiéndose. Los ciudadanos, que exigimos transparencia, debemos estar preparados para asumirla. Hace falta tener audacia para potenciar cambios y estrategias con el fin de mejorar prácticas y purgar organizaciones. El futuro está en juego. Pag 124-126.

3.6 No al fanatismo

El fanatismo es cáncer del mundo actual. Nace de miedo y siembra miedo. La prevención del fanatismo es exigencia global, que requiere profundo análisis de su genealogía. ¿Cómo se forma un fanático? ¿Qué entornos sociales y doctrinarios hacen posible su emergencia? ¿Cómo extirpar su virus? El fanatismo aparece en los lugares más inverosímiles, dejando a las personas del entorno a la intemperie, a merced de fanáticos. Contemplamos aturdidos cómo los fanáticos degüellan inocentes; asesinan a niños; extorsionan y amenazan a pueblos enteros; violan a niñas; explotan bombas en los espacios más concurridos ... Este paisaje infernal, amplificado por la red virtual, incrementa la sensación de inseguridad e indefensión. Cualquier persona se siente víctima potencial de cualquier fanático; siente que su vida le puede ser arrebatada por la fuerza.

La expresión más radical de fanatismo es el terrorismo con amplio abanico de violencia verbal a física. La condena a todo tipo de fanatismo: religioso, nacionalista, lingüístico, político, étnico, social, racial ... no puede paliarse, porque siempre es manifestación de violencia e intolerancia. Decir no a fanatismo es practicar tolerancia cero con cualquiera de sus manifestaciones.

El drama consiste en que nadie se reconoce a sí mismo fanático: una de las características del fanático es su incapacidad para tomar distancia de sí mismo y someterse a crítica; por definición los fanáticos son los demás. Cuando una persona identifica la pulsión fanática, que alimenta sus palabras y acciones, ha accedido a la vía terapéutica, pero mientras no se examine permanece impune.

En el momento actual, el mundo libre y civilizado no sabe cómo defenderse de fanatismo religioso de carácter global. El miedo a atentados tiene como consecuencia limitación de derechos, libertades civiles e intimidad. *El derecho a la seguridad está muy cotizado en la sociedad del miedo*, Zygmunt Bauman. El ciudadano, si fuera preciso, estaría dispuesto a prescindir de libertad de movimiento, expresión, asociación, intimidad ... con tal de garantizar la seguridad física para él y los suyos. Limitación, que representaría grave retroceso histórico. Tumor maligno, que nace y crece a resguardo del *fanatismo terrorista global*, enemigo fundamental, que hay que combatir con todas las armas y estrategias del Estado de derecho.

Hay otro fanatismo, que crece en las sociedades abiertas en régimen de libertades, que causa horror porque nace por reacción y se ha creado en aulas universitarias europeas y norteamericanas.

El fanatismo no nace nunca por casualidad; no es destino de la naturaleza, ni consecuencia genética; se construye y configura por factores exógenos, que integra de manera pasiva o reactiva. El estado de incerteza, desorientación y no saber a qué atenerse suele conducir a angustia. Si alguien pretende evitarla sin superarla, sucumbe a fanatismo. El fanático se echa tierra a los ojos, trata de anular su confusión intelectual con confusión emocional, desarrollando la estrategia del calamar. Por tanto, el fanatismo es falso mecanismo de defensa ante la angustia, emoción muy tóxica, omnipresente de manera latente en nuestro mundo. La angustia es vivencia de la estrechez; la persona que la padece se adentra por un desfiladero, del no sabe si saldrá o tendrá que volver atrás; siente falta de aire, opresión y ahogo; otras veces la asocia a inestabilidad, fluctuación, oscilaciones, inseguridades, incerteza, peligro de naufragio, desasosiego ...

Otras personas perciben en fanatismo liberación, obtención de certezas, seguridad, solidez, ideal por el que luchar, vida que justifica la propia muerte y muerte de los demás si hace falta ...

El sosiego es anhelo que se conquista, pero requiere enérgico esfuerzo. Quien lo consigue ha llegado a sí mismo: es la *autenticidad conquistada*. Aspiramos a suficiencia, independencia, libertad, serenidad, imperturbabilidad. La felicidad se presenta en el ser humano, que no se deja llevar, ni influir por nada; ha alcanzado la imperturbabilidad, la *ataraxia*: no decide sobre bienes y males naturales; no rechaza ni persigue nada intensamente; está libre de perturbación.

Decir no a fanatismo significa decir sí a autoexamen y autocrítica; poner a distancia ideologías, creencias y movimientos liberadores; no existen atajos para escapar a incerteza y angustia; no hay senderos milagrosos para evadirse

de inestabilidad y miedo. La salida de la angustia no es adhesión ciega e incondicional a ideario religioso, político, étnico, económico ... sino capacidad de poner distancia a todo y mantener muy vivo el sentido crítico. Pag 127-131.

V Cuando decir no es una liberación

1 De las pasiones envenenadas

1.1 No a la desesperación

Decir no a *desesperación* e decir sí a *esperanza*. La desesperación es ahogo, falta de aire. La esperanza, luz e hilo de agua que brota de **limpia** fuente. Quien sufre desesperación se siente abandonado por todos, enterrado en la noche oscura. Incluso si alguien vela por él, no lo percibe, porque ni siente ni escucha nada; se siente solo; los gestos de ánimo le resultan ofensivos; se siente en una burbuja irrespirable; en una habitación hermética; abandonado de la mano de Dios; traicionado, maltratado. La desesperación adviene tras haber esperado mucho; tras haber confiado mucho; tras constatar que a pesar de esfuerzo, entrega y trabajo, nada de cuanto esperaba se ha hecho realidad. Es la constatación de derrota, límite, choque frontal contra una pared.

La esperanza es entrever posibilidad de luz, aunque sólo sea un pequeño resquicio en plena noche. A veces no se ve, pero está; otras veces, no está, pero se ve. Lo esencial no es que haya resquicio, sino que se crea en él para salir de la desesperación.

Decir no a desesperación es afirmar la voluntad de resistir, vencer la dejadez, que lleva a aniquilamiento de uno mismo y dimisión de existir. Cuando la situación se hace insostenible sobreviene la desesperación, que suele traducirse en *así no se puede seguir* y produce agotamiento. Cuando una persona se desespera, desaparece su futuro y la posibilidad de innovación; todo parece sentenciado, desencantado, melancólico; desaparecen incitación y promesa y el individuo se muestra inerte.

Es conveniente distinguir entre desesperación y desesperanza. La desesperación lleva a percibir que *esto no puede seguir así*; la desesperanza persuade que *esto puede seguir así indefinidamente*. Por tanto, la desesperanza es más grave que la desesperación; en la desesperanza, la desesperación es un rayo de luz, que introduce en aquélla expectativa, esperanza del desenlace por negro que sea, aun en la boca del infierno. Nuestros tiempos son de desesperanza.

La desesperanza implica conocimiento de la condición humana. Somos seres esencialmente proyectados al futuro. En nuestra condición existe vocación abierta y libre, inacabada, nunca hecha el todo, sin medida ni figura, que lucha por recrearse, incluso en momentos de desesperanza. El drama de la desesperanza, no resuelto en el plano intelectual, **se muestra** en un sentimiento, un estado de ánimo. El verdadero antídoto a la desesperación es la fe; y a la desesperanza, la esperanza. Fe y esperanza están estrechamente vinculadas al amor, **que también es entre otras cosas**, pasión y emoción. Quien

ama, desea algo o el bien de alguien, se pone en movimiento y lucha por realizar su sueño. El amor mueve y conmueve de tal modo que la persona que ama ve posibilidades donde los demás sólo ven barreras y muros. El amor introduce una mirada nueva, una forma radicalmente distinta de captar la realidad. Quien ama tiene motivos para luchar, salir de la desesperanza, ponerse en movimiento; cuando el amor se apaga, desaparecen, se esfuman también fe y esperanza. Pag 133-137.

1.2 No a al remordimiento

El remordimiento es una de las emociones más destructivas del ser humano; sentimiento negativo, reactivo y excesivo; enfermedad del alma tan extraña como incurable. *Cuando un ser humano sufre remordimiento, se vuelve enfermo de sí mismo, incluso hostil a sí mismo*, Friedrich Nietzsche. El remordimiento es carácter morboso de culpa; sentimiento patológico de culpabilidad; caracterizado por su indefinición; sin referentes claros, incluso desproporcionados respecto del sentimiento que expresa. En remordimiento conviven dialécticamente placer y dolor: dolor por la falta cometida; placer por la tortura de reconocerse culpable; es una forma de crueldad infligida sobre uno mismo.

Siento que no debería haberlo hecho, por lo que me castigo a través del recuerdo. El remordimiento es imposible sin recuerdo, viaje al pasado que activa el corazón, mueve las fibras emocionales más secretas; no puedo cambiar nada; no puedo borrar nada; no puedo rehacer el camino equivocado; no tengo el don de la reversibilidad; pero siento que el dolor del remordimiento es paradójicamente liberador, porque experimento que merezco sufrirlo. Así, pues, el remordimiento es una forma de autopunición; emoción tan lesiva como tóxica; herida con causas y raíces en el pasado.

El remordimiento hace crecer el desprecio a uno mismo; activa el odio; induce a arrepentirse de ser como se es y existir; provoca sufrimientos físicos, emocionales y espirituales, que inundan la conciencia, haciendo imposible dormir en paz. En silencio y quietud devienen recuerdos pasados, males causados y decisiones fallidas, por lo que los hombres que lo experimentan, huyen de silencio. El remordimiento es mordisco reiterado que el recuerdo da al alma, el cual destila veneno mortal, escozor que la consume. Sufrimiento espiritual ligado a imposibilidad de borrar la falta y desesperación por la condena de uno mismo sin salvación posible. *Este eterno retorno es como el infierno de Dante, porque no hay esperanza, ni futuro, ni promesa. Vuelve una y otra vez, y a cada retorno, adviene el mismo dolor con su canción*, Friedrich Nietzsche. Por eso el remordimiento conduce a desesperación y autodestrucción.

El remordimiento comparte el pesar producido por alguna acción con el dolor del carácter irreversible del tiempo. Si fuera posible volver atrás y enderezar el camino, podríamos liberarnos del remordimiento; pero el retorno siempre hace la misma ruta y suscita el mismo desamparo. La conciencia sufre

al constatar que no puede retroceder y corregir las acciones. En el tiempo, el ser humano fluye siempre hacia adelante, aunque, sólo si mira hacia atrás, puede entender su vida e interpretar el itinerario recorrido. Ciertas etapas de la vida pueden interrumpirse o saltarse, pero no es posible volver atrás y escapar a vejez y muerte. El ritmo del tiempo es inexorable.

La irreversibilidad es cualidad inherente a la condición temporal del ser humano y el remordimiento nace de esta constatación. Si pudiésemos volver atrás y corregir el pasado, no conoceríamos los remordimientos. El remordimiento añade, además, el sufrimiento de lo irrevocable: lo que fue hecho no puede ser deshecho. La irrevocabilidad manifiesta la fatalidad de acciones que comprometen personal y definitivamente a la persona, sin que puedan ser retomadas o corregidas. El dolor crece en la medida que la persona se da cuenta de que tenía poder sobre la acción y que podría haber obrado de otra manera: esto es lo que duele de verdad. La acción ha tenido consecuencias y es irreversible en el tiempo. El protagonista del error quiere poner distancia, pero no puede y pesa sobre él. La irrevocabilidad de las acciones culmina con la irrevocabilidad de la muerte.

El remordimiento nace de la conciencia de la propia libertad. No sentimos remordimiento de lo que se hizo contra nuestra voluntad o se ejecutó independientemente de nuestra decisión. Lo que causa remordimiento es el acto libre, lo que decidí y podría haber hecho de otra forma. El remordimiento versa sobre los actos, sobre el mal uso de la libertad, que habría podido ser de otra forma. Dolor con dimensión trágica en cuanto que la libertad, que lo engendra, es irreparable.

El antídoto del remordimiento es el arrepentimiento, Soren Kierkegaard. El arrepentimiento es capaz de transformar el pasado, lo que se nos presenta como necesario, irrevocable e irreversible, adquiriendo nuevo significado; tiene el poder del nacimiento; transforma el pasado para que los hechos puedan ser interpretados en narrativas diferentes, tanto en ruptura como en reconciliación. Lo que fue deuda puede convertirse en amor. Transformación, que proviene de la conciencia misma y del otro, que se dirige a mí con palabras de reconciliación. En esta dimensión, el arrepentimiento es poderoso, ya que rompe el hermetismo del pasado en la medida, que se abre al otro. Pag 137-142.

1.3 No al resentimiento

El resentimiento es emoción no expresada, ni manifestada públicamente; queda en el interior, encerrada en la subjetividad. Como remordimiento, es cíclico; vuelve una y otra vez. *Resentir* es volver a sentir lo que ya se había sentido antes; pero este *volver a sentir* es peor, porque con el tiempo aumenta de proporciones y gravedad. Por tanto, el resentimiento es una emoción intencionalmente contenida; pero participa de la esencia comunicativa del ser humano, encontrando resquicios para irradiarse al exterior. La emoción del resentimiento es difícil de identificar y tipificar; es más nociva que el odio,

porque se interioriza e intoxica a la persona, que la padece; da vueltas en círculo sobre sí mismo; su recuerdo se alimenta y magnifica a sí mismo; su causa más habitual suele ser un mal infligido por alguien sobre nuestra persona; si el mal ha quedado impune, no ha sido compensado justamente, emerge el resentimiento, porque me siento víctima de un trato inmerecido; si el mal no ha sido juzgado crece mi sensación de indefensión; me siento receptor de una injusticia no corregida, ni rectificada en el tiempo.

El resentimiento contiene tres elementos básicos:

a Herida. Herida tangible o intangible; reversible o irreversible; sin cicatrizar.

b Pasado. Tuvo lugar en pasado; puedo recordar la herida; descontrol sobre la memoria, que hace que el recuerdo vuelva una y otra vez.

c Injusticia. No he sido tratado como merecía; el actor no ha rendido cuentas por su acción; su impunidad me quema por dentro.

Además, *El resentimiento está relacionado en acto comparativo con complejo de inferioridad: veo que el otro tiene virtudes que yo no poseo; disfruta de capacidades que yo no tengo; en lugar de celebrarlo, admirarle y felicitarle, experimento una emoción negativa, que merma mi autoestima*, Friedrich Nietzsche. El deseo de poseer las cualidades del otro me hace sentir mal, injustamente tratado por naturaleza, destino, dioses ... La comparación aumenta mi sentimiento de inferioridad e impotencia. **Entonces**, el resentimiento se convierte en odio difuso contra quien posee esas cualidades y va muy ligado a la envidia óptica, la peor de las envidias: querer ser como el otro y desear suplantarlo. En el hombre resentido existe conciencia de los propios límites; subsiste una frustración, que se proyecta contra el otro, porque tiene cualidades superiores.

El ser humano es capaz de admirarse: actitud de quien disfruta de cualidades superiores; y de cultivar resentimiento, una forma de sufrimiento, porque sabe que el otro tiene excelentes cualidades, pero le duele que las tenga, negándose a reconocerlas públicamente y desmitificándolas para rebajarlas. El resentimiento va unido a la relativización de valores. El relativista defiende que todo vale lo mismo, dependiendo del punto de vista; uniformiza; no acepta jerarquías, ni grados de excelencia. La salida más noble sería reconocer la excelencia, pero es incapaz de hacerlo; rebaja lo excelente; lo sitúa en el mismo plano que su realidad, aunque sepa de verdad que el otro tiene cualidades excelentes; es un intento de autoengaño.

El resentimiento queda dentro. La venganza se expresa exteriormente **en la acción**. Aunque en ambos casos existe voluntad de mal, intención de causar mal. El resentimiento es una forma de malquerencia indirecta, difusa y oculta; actúa en la rebotica; busca hacer daño al otro. La venganza reacciona primaria e instintivamente; no se guarda para sí mismo. Las dos emociones son malévolas, porque pretenden causar mal. En cambio, el rencor es contención absoluta. Se genera cuando la intoxicación emocional queda íntegra dentro y no hay porosidad en la persona; es más opaco que el resentimiento, porque

carece de filtraciones. Por esta misma razón es más grave, ya que le falta permeabilidad para respirar. Pag 142-146.

1.4 No a la venganza

Decir no a venganza es decir sí a perdón. El perdón requiere la audacia de empezar de nuevo. La venganza es reacción primaria; el perdón, resultado de larga purificación espiritual. Sólo trasciende el espíritu vengativo quien se arrepiente. La solicitud de perdón no garantiza la reconciliación; es un primer movimiento, que puede frenar la venganza y abrir paso al largo y difícil proceso de mutua comprensión, que lleve a reconciliación y paz.

La venganza es la respuesta violenta a un daño sufrido; respuesta diversa: inmediata, meditada, instintiva, chapucera, calculada ... que nunca debemos confundir con justicia. Justicia es dar a cada uno lo que le corresponde, que sólo puede impartir un órgano independiente e imparcial, que conozca hechos y consecuencias, aplique la ley y sentencie lo justo en cada circunstancia. La venganza es respuesta unilateral de la persona agredida; es directa, sin referencias de marcos legales o juicio de órganos independientes; es emoción tóxica con graves consecuencias; genera reacción en cadena sin fin.

El miedo puede actuar de limitación a la venganza. Limitación, que no es consecuencia de decisión libre, racional y consciente, sino mecanismo de defensa instintivo. La venganza reprimida se convierte en resentimiento o rencor; queda dentro por temor a una reacción más grave, como fruto de cálculo de fuerzas. El camino de liberación del espíritu vengativo es arrepentimiento y perdón. *El arrepentimiento es una de las más poderosas formas de expresión de nuestra libertad. Nos juzgamos a nosotros mismos poniéndonos contra nosotros mismos al lado del bien. El arrepentimiento no puede hacer que no haya pasado lo que ha pasado; intentarlo sería mentira. Más bien descansa en la verdad, es decir, en la comprensión de que he hecho esto o aquello. Pero esta verdad se convierte en el punto de partida de una nueva conducta y recibe con esto un nuevo carácter,* Romano Guardini, La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida.

La canalización no destructiva del espíritu vengativo es ejercicio complejo, difícil y largo, que afecta a la dimensión mental, emocional y social de la persona. Exige control de mente, porque es necesario trascender la imagen negativa del agresor, que coloniza el flujo mental; exige esfuerzo para pensar otras realidades, ocupar la mente en otras reflexiones; exige dominar la emoción negativa sin reprimirla, sino liberándola en lugar y momento oportunos, sin causar mal a otros ni a uno mismo; exige evitar el sentimiento de venganza, lo que supone poner distancia con el agresor y cultivar relaciones que predispongan a reconciliación y paz.

Nuestra vida sólo es definitiva después del último aliento; hasta entonces puede cambiar de carácter todo lo acaecido, tanto lo peor como lo mejor, al tomar posición ante aquello, sacando las consecuencias que sean posibles.

Nuestra vida es entonces aquello que esa toma de decisión le hace ser. Pero eso no quiere decir que quien se arrepienta rehace su propio ser. Si lo hace, ya no es arrepentimiento, sino desesperación, Romano Guardini, La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida.

El perdón consiste en desligar a la persona de sus acciones, separarla de su falta, darle la posibilidad de nacer de nuevo, recomenzar. Mientras que el remordimiento bloquea al culpable de su capacidad de obrar, el perdón le devuelve sus posibilidades de vida aún no cumplidas. El perdón conserva la memoria de la falta, pero ya no se trata de una memoria herida; no es olvido, pero no vincula el destino del ser humano a la falta cometida en el pasado, porque una persona es más que la suma de sus actos: el ser trasciende la acción. *La fórmula de esta palabra liberadora, dejada en la desnudez de su enunciación, sería: vales más que tus actos,* Paul Ricoeur, La memoria, la historia, el olvido. El perdón abre las posibilidades de una vida nueva.

Sin ser perdonados, liberados de las consecuencias morales de lo que hemos hecho, nuestra capacidad para actuar quedaría, por así decir, confinada a un solo acto del cual nunca nos podríamos recuperar; seríamos para siempre las víctimas de sus consecuencias, como el aprendiz de brujo que no tiene la fórmula mágica para romper el hechizo, Hannah Arendt, La condición humana.

El perdón es incondicional o no lo es, Jacques Derrida, Foi et savoir. El perdón, en su pureza moral, debe ser ejercido independientemente de confesión y arrepentimiento, en la medida en que se dirige al culpable como tal. Cuando el perdón se ejerce de esta manera, se convierte en don, que trasciende la lógica de cálculo y acción-reacción. Pag 146-150.

2 De la desmesura comunicativa

2.1 No al culto a la conexión

Hoy podríamos precisar el dicho estoico *De nada, en exceso por Cada cosa en su justa medida*. El problema es discernir la medida justa y adecuada en cada contexto y situación humana para moverse en equilibrio sin sucumbir a exceso, que lleva a ruptura, o déficit, que lleva a indigencia. Es difícil encontrar la justa medida entre hablar y callar; acción y pasividad; palabra y gesto; distancia e injerencia ... porque en las relaciones humanas lo que yo percibo como exceso, el otro puede percibirlo como déficit y viceversa.

La virtud es el punto medio, que nunca deberemos confundir con mediocridad, complacencia de los demás. El punto medio es moderación, resultado de trabajo ético y espiritual intenso y extenso en el tiempo; trabajo de contención y vaciamiento; trabajo de control mental, emocional y físico; jamás podría ser resultado de casualidad o fatalidad. La vida virtuosa se desarrolla en equilibrio, que siempre es correlación dialéctica de fuerzas. El equilibrio se consigue por ensayo y error; experimentación personal; constatando **en propia carne** qué sucede cuando el propio ser sucumbe a excesos o déficits;

desconociendo de antemano cuál será nuestra medida personal; sabiendo que cada persona tiene que buscar su medida propia; medida que varía con edad, contexto, tiempos ... ; y medida, que sufre oscilaciones impredecibles en nuestro transcurso vital.

Vincularse es necesidad humana; comunicarse es anhelo humano, porque estamos hechos para crear vínculos; forjar comunidades; interaccionar con los demás. Porque somos seres vulnerables, frágiles y precarios nos necesitamos mutuamente; interaccionamos, creando redes para comunicarnos con fluidez. Los sistemas de comunicación virtual facilitan la relación entre personas y grupos humanos alejados. Posibilidad tecnológica de extraordinarias consecuencias en todos los ámbitos de la vida humana: abre intercambios múltiples; posibilita, difunde y acerca conocimientos, comercio internacional, diálogo intercultural, interreligioso ... ; hace posible nexos entre comunidades y pueblos; acerca tradiciones y culturas históricamente alejadas y mutuamente desconocidas; la red hace posible nuevos nexos y conexiones en múltiples sentidos y niveles ...

Sin embargo, esta facilidad y accesibilidad casi universal es causa de exceso en la desmesura comunicativa. La devaluación del mensaje va ligada a la facilidad para articularlo, emitirlo y recibirlo: lo difícil es valorado y respetado; lo sencillo y accesible se devalúa fácilmente. Y en la red van en el mismo paquete disfrutar de facilidad y fluidez comunicativa y sufrir saturación, exceso, desmesura de recepciones, que hace difícil descodificar cuanto nos llega, digerirlo y responder con calidad. *El Maestro dijo: Cuando se puede hablar con alguien, no hablarle es dejar perder al hombre. Cuando no se le puede hablar, hablarle es dejar perder las palabras. El sabio no deja perder a los hombres, pero tampoco deja perder las palabras, Confucio, Anacleto.* La facilidad en red es la puerta a desmesura y exceso. Lo que cuesta, supone esfuerzo y dedicación se mira con detenimiento y cuidado; lo fácil, accesible y cómodo desvirtúa el instrumento.

La conexión se ha convertido en el nuevo imperativo: hay que estar conectado, *on-line*, a disposición de los demás y en cualquier momento; hay que emitir mensajes de la naturaleza que sean, porque sólo existe quien emite, **Emito, luego existo**. Poco importa lo que se diga o mande; lo esencial es dejar constancia de nuestra existencia en el mar virtual; la conexión es registro empírico de la existencia. Se cuenta con quien está en red, hace ruido, llama la atención; quien opta por distanciarse o desconectarse, desaparece del escenario, no cuenta para nadie. Emitir es existir; permanecer callado es volverse invisible. *Si no eres comunicación, prácticamente no eres nada. Y si no eres nada, quiere decir que has fallado en la comunicación. No adquieres prestigio, no resultas fiable, no vendes nada. Estamos siempre conectados, interactivos, sin silencios, sin reflexión, sin fermentaciones que mejoren el vino,* Pierangelo Sequeri, *Contra los ídolos posmodernos.*

La obsesión por la conexión; por no perderse lo que sucede en la plaza virtual; lo que se ha dicho en mi grupo de amigos; depender de la novedad del

mensaje es una forma de dependencia y vasallaje. Ante la desazón por la conexión, que conduce a tecnoddependencia y tecnoadición hay que defender la necesidad de la interrupción. La red es valiosa; la conexión abre inmensas posibilidades de comunicación a todos los niveles, pero debemos crear espacios, por donde desaparecer voluntariamente, accediendo a otra dimensión para pensar; examinar la propia vida; poner distancia con la red; hacernos preguntas que no tienen respuesta en *Google*, porque afectan a nuestra dimensión íntima. Cuando entramos en nuestra dimensión no sentimos nada, no existen resonancias, se produce el encuentro con uno mismo. Pag 150-154.

2.2 No a la inmediatez

Vivimos inmersos en el mundo de la inmediatez. Decir no a inmediatez es reivindicar el valor narrativo de la vida humana, ponderar el sentido de tiempo, espera y paciencia. La facilidad nos hace intolerantes a paciencia y espera; nuestros deseos, cuando no obtienen respuesta inmediata, nos llevan a indignación, rechazo y satisfacerse por otros medios. La inmediatez es respuesta instantánea, secuencia mecánica sin pausa, entre estímulo y respuesta. El deseo inmediato de lo que se quiere, consume velozmente el deseo de tenerlo. Cuando el deseo no tiene respuesta inmediata, crece en dimensiones gracias a la imaginación. El deseo se alimenta de la ausencia del objeto y se consume con su presencia. Mientras el objeto está ausente, el deseo crece en proporciones, porque imagina cómo será poseerlo; vive de imaginación, de la imagen final, espoleado por poder abrazarlo; horizonte final, que le lleva a transgredir obstáculos y contrariedades. Cuando la respuesta es inmediata, el deseo no ha podido crecer, ni madurar; muere joven.

Cuando no hay respuesta inmediata y pide larga espera, hay que cultivar esperanza, fe y confianza en el poder del tiempo; si la espera es larga y fatigosa, el deseo puede marchitarse, ya que necesita estímulos y motivaciones para seguir latiendo; de lo contrario, sucumbe a desesperación. La inmediatez anula el valor del objeto, porque su consecución rebaja su valor, significado y trascendencia, convirtiéndolo en profano y banal. En cambio, lo que ha costado sangre, sudor, lágrimas, esfuerzo tenaz y persistente en tiempo es amado, valorado y se conserva con cuidado, porque inculca la memoria del sufrimiento que ha supuesto alcanzarlo.

La inmediatez es ruptura de la distancia entre deseo y objeto. Su cultura nos convierte en seres confiados, creídos, prepotentes y arrogantes: *Tengo lo que quería. Puedo tener inmediatamente lo que me propongo.* Actitud, que no predispone para afrontar con dignidad la vida humana, porque en el transcurso de la vida es indispensable cultivar espera, tolerancia a tiempo y paciencia de la historia. Puede llegar lo que no habíamos previsto: enfermedad, frustración, desamor, crisis ... que nos obligan a reinventarnos. Quien está acostumbrado a inmediatez carece de la paciencia de crecer y hacer crecer a los demás; no disfrutará de ver cumplido el sueño tras años de espera.

Enormes volúmenes de pensamiento, reflexión, afecto, conversación y proximidad son inevitablemente eliminados. Y todo lo humano que sólo puede formarse a distancia de la inmediatez comunicativa deja de formarse, Pierangelo Sequeri, *Contra los ídolos posmodernos*. Navegando por la red puede dar impresión que todo es fácil y accesible, pero en el transcurso de la vida humana, los sueños son difíciles de alcanzar y la espera es decisiva para que se hagan realidad. Pag 155-157.

VI El valor de la renuncia

¿Qué hace aquel que renuncia? Aspira a un mundo superior, quiere volar más allá, más lejos y más arriba que todos los hombres de la afirmación; rechaza muchas cosas que estorbarían su vuelo, al tiempo que entre ellas hay muchas que de ninguna manera son fútiles para él, que no le son desagradables: él sacrifica a su pasión por las alturas, Friedrich Nietzsche, La gaya ciencia.

Saber decir no es aprender a renunciar, que se ha convertido en pecado contra los signos de los tiempos. Hay rechazo a la moral de renuncia, porque se interpreta como pérdida de libertad personal. La renuncia no es síntoma de falta de libertad, sino consecuencia del pleno ejercicio de la libertad. Cuando alguien desea hacer realidad su proyecto vital, debe optar por renunciar a un universo de estímulos, llamadas y persuasiones.

Madurar como ser humano es ser consciente de que hay que elegir, descartando caminos y posibilidades existenciales. El camino de la madurez es camino de renunciaciones consentidas y aceptadas, itinerario que se ha elaborado desde la libertad. Porque madurez y renuncia van unidas, la madurez se desplaza hacia adelante, al final de la vida, mientras intentamos permanecer en la juventud, donde los proyectos están por hacer y todo es posible, el mayor tiempo posible.

En la juventud se desconoce la renuncia, se espera y quiere todo; todo es factible; todo sueño se puede realizar; todo está por empezar; es el período de la tentativa, ensayo y error, exploración de sí mismo y mundo. En la madurez de la vida se ha elegido y se responde por las consecuencias de la elección. La madurez no la dan años, arrugas de piel, canas o calva, sino elecciones responsables; haber ejercido su libertad con plena consciencia y decisión: lo que causa verdadero temor y temblor. El insensato cree que en las decisiones fundamentales no hay que renunciar a nada ni a nadie. Sin embargo: quien se casa con una persona, renuncia a las demás personas del mundo; quien opta por la paternidad, renuncia a tiempo y espacio libre personal y se consagra a la educación de sus hijos; quien opta por vida consagrada, renuncia a la vida profana con sus luces y sombras.

El ejercicio de decisiones fundamentales causa horror, porque lleva asociada renuncia; quien no renuncia quiere todo abierto, sin vetos, explorar todos los caminos en cada encrucijada, poder empezar *ex novo* su vida, como si el trayecto no contara para nada. Pero la libertad exige el trabajo de renuncia, porque al tomar una decisión y comprometerme responsablemente, descarto el resto de opciones; presto atención a un foco de interés y renuncio a lo demás para centrarme en mi opción. La gran dificultad de nuestra época es la renuncia, a la que se asocian connotaciones negativas: se relaciona con derrota, sacrificio y abstinencia. Sin embargo, la renuncia es la otra cara de la

libertad. La libertad es ejercicio afirmativo, adhesión pensada y sentida, que exige renuncia a cuanto no aporte nada en el camino elegido.

Madurar significa que hay experiencias que no viviré jamás; lugares que jamás conoceré; viajes que nunca haré; deportes que nunca practicaré; trabajos que nunca haré; personas a las que no podré conocer ni amar; que no habrá posibilidad de pasar página y volver atrás; vivir una vía de noretorno con alegría y satisfacción de haber elegido con responsabilidad y haber ejercido la libertad; vivirlo con conciencia, sin pesar por lo que no he hecho, dicho o conocido.

El imaginario colectivo persiste en: *No renuncies a nada y Todo es posible, no hay nada fijado*, por otra parte arraigados en nuestro entorno cultural: *Ser y sentirse espiritualmente joven se convierte en auténtico proyecto. El proyecto se alimentará en general de simulaciones, obviamente, cada vez más difíciles: psicológicas, conductuales, de hábitos, del lenguaje, del vestir, del cuerpo*, Pierangelo Sequeri, *Contra los ídolos posmodernos. El todo es posible* es dialéctico: por una parte libera a la persona y por otra, le exige mucho; no puede excusarse en el pasado, en decisiones tomadas, ya que puede hacer y deshacer el camino; es una máxima tan exigente, que a veces comporta ruptura personal. El pensador italiano sigue precisando: *No perderse nada para realizarse plenamente ... Ser uno mismo, abierto a nuevas experiencias, en todo momento: nada más*, Pierangelo Sequeri, *Contra los ídolos posmodernos*.

La experiencia muestra que no se puede empezar una y otra vez indefinidamente, porque los hechos tienen consecuencias, que pesan en el tiempo y no se pueden borrar huellas; nunca empezaremos de cero; tenemos posibilidad de empezar a partir del bagaje aprendido. *Ten cuidado, ten cuidado que el tiempo no pasa inútilmente, quizás en sufrimiento inútil; recuerda que sólo se vive una vez*, Soren Kierkegaard, *El instante*. Madurar es preocuparse porque el tiempo no pase inútilmente, que deje huella en piel y alma: *sólo se vive una vez*, que es la que ahora disfruto.

Estamos llamados a *construir nuestro propio hogar* con las decisiones adoptadas. Por tanto, estamos llamados a construirlo: lo más luminoso posible; que irradie verdad, belleza y bondad en su itinerario; no malgastar el tiempo que se nos ha dado; explorar a fondo el camino elegido; no malgastar el tiempo en sufrimientos inútiles, imaginando lo que podría haber sido, en resentimientos o rencores. En la madurez de la vida: el pasado es experiencia, fuente de conocimiento, principal cantera para esculpir presente y futuro. Pag 159-164.

VII Cada día es una ocasión para renacer

Decir no a la muerte es decir sí a la vida. No hemos venido a morir, sino a dar algo nuevo, a fecundar la realidad del mundo con nuestra presencia efímera y vulnerable. Venimos a emprender y proyectar el potencial de nuestro ser para embellecer la realidad, que nos envuelve. Este anhelo de darnos, proyectarnos y dejar nuestra huella en mundo, choca frontalmente con la irreversibilidad de la muerte; y, sin embargo; *No hemos venido a morir*. La muerte trunca nuestras aspiraciones de vida plena y abundante, está al acecho; es intruso que vendrá sin que sepamos cuándo, cómo, **dónde y por qué**. Por el contrario, *la natalidad es la capacidad que tenemos los humanos de innovar, de empezar de nuevo*, Hannah Arendt, La condición humana. Anhelo esencial que emana de nuestro ser.

Morir es ciertamente el destino del hombre y precisamente por eso es un arte mediocre; ahora bien, saber morir es la más alta sabiduría de la vida. ¿Dónde está la diferencia? En el hecho de que en un caso la seriedad es de la muerte, en el otro la seriedad es del mortal, Soren Kierkegaard, The taler ved toenkte leiligheder. Decir no a muerte nada cambia. La muerte es crónica de un desenlace anunciado; constatación que conciencia al ser humano de que existe; está en el mundo; podría no estar; y ... dejará de estar.

La vida no siempre es como querríamos; no siempre se hacen realidad los sueños; se evaporan expectativas; en la madurez recordamos días luminosos y oscuros; días largos y cortos; noches de alegría y llanto. Decir sí a la vida es decir sí a cuanto nos da. *Es de una dificultad inimaginable: vivir conscientemente, de una manera adulta, un día sí y otro también*, David Foster Wallace, Esto es agua.

Decir no a muerte es encontrar sentido para vivir; razón que justifique continuar siendo, especialmente con balance negativo: cuando el dolor quema, la soledad invade el alma. Decir no a muerte es obstinarse en encontrar sentido a la vida, aunque percibamos océanos de absurdos, azares, calamidades o cinismos que buscan beneficio personal. Decir no a muerte es luchar para que la vida que vivo aquí y ahora tenga sentido; esforzarse porque haya valido la pena vivirla. *Pensarse muerto uno mismo es la seriedad*, Soren Kierkegaard, The taler ved toenkte leiligheder. El pensamiento de la muerte añade seriedad a mi vivir; desvela mi conciencia de estar vivo; me hace sentir con la máxima radicalidad, potencia intelectual y sensual, de que soy capaz, para disfrutar el máximo tiempo posible del don, que se me ha regalado generosamente y extraer el máximo néctar.

Vivir nunca es fácil, claro. Continuamos haciendo los gestos que exige la existencia, y continuamos haciéndolos por muchas razones, de las cuales la primera es el hábito. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea de forma instintiva, el carácter irrisorio de este hábito, la ausencia

de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de la agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento, Albert Camus, El mito de Sísifo. En cambio: Hay quien dice sí a la muerte porque anhela salir del teatro del mundo para no volver nunca más. En todo ser humano existe un anhelo vital, un eros por la vida, pero también un sentimiento destructivo, la pulsión del thanatos, instinto de muerte. A veces el anhelo de vivir se siente en toda su plenitud pero, otras veces, el deseo de dejar de ser, de ser borrado de la corteza terrestre, de evaporarse, se experimenta con gran intensidad. El contraste entre uno y otro forma parte de la vida, constituye su esencia dialéctica, Eric Fromm.

Decir sí a muerte puede esconder deseo de otra vida, relación, trabajo u hogar. Cuando percibo que no es posible esta otra vida podría decir sí a muerte no por deseo de morir, sino por desesperación, por incapacidad de cambiar mi vida, relación, trabajo u hogar; es para decir no a la vida que tengo, lo cual no significa decir no a la vida; si me encontrara en otras circunstancias el deseo de abandonar mi ser desaparecería.

En el hombre profundo el pensamiento de la muerte puede que produzca impotencia, de tal forma que cae en la languidez del estado de ánimo, pero el pensamiento de la muerte da al hombre serio impulso correcto en la vida y la meta correcta hacia la cual hay que dirigir mejor este impulso. Y ningún arco se deja tensar tanto, ningún arco da tanto impulso a su flecha como el pensamiento de la muerte es capaz de impulsar al vivo cuando la seriedad lo tensa. Porque la seriedad agarra al presente hoy mismo, no considera ninguna labor insignificante, no malgasta el tiempo porque sea demasiado corto, trabaja con todas sus fuerzas, aunque esté dispuesta a reírse de sí misma en caso de que este esfuerzo pretendiera ser un mérito de Dios, Soren Kierkegaard, Tres discursos en ocasiones supuestas.

El pensamiento de la muerte es impulso para vivir a fondo; para existir con plena conciencia; actúa como gran despertador; me despierta del sueño de crearme eterno; cuando el pensamiento de la muerte pincha nuestro globo, duele; la caída duele; pero es el único modo de despertar a la vida real; de entender el don de estar vivo, de existir. Cuando el ser humano piensa en su condición mortal y lo asume con responsabilidad, tensa el arco de su vida de tal manera que la flecha disparada llega con fuerza al horizonte que se ha propuesto; entonces empieza su preocupación por el tiempo, que es, a la vez, cómplice y amenaza: lo necesita para hacer realidad el proyecto e ignora a la vez cuanto tiempo dispondrá para realizarlo. Es el momento de descubrir que no dispone del tiempo que querría; cada momento cuenta; la misión que ha escogido puede verse truncada por la incerteza de la muerte ... ¡Carece de garantías! Pag 165-170.